

CARLOS FRANCO  
**del marxismo  
eurocéntrico  
al marxismo  
latinoamericano**



UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

DEL MARXISMO EUROCENTRICO  
A:  
EXCELLENTE LATINOAMERICANO

UNMSM-CEDOC

DEL MARXISMO EUROCENTRICO  
AL  
MARXISMO LATINOAMERICANO

DEL  
MARXISMO  
EUROCENTRICO  
AL  
MARXISMO  
LATINOAMERICANO

TEXTOS DE CONTRAPUNTO

UNMSM-CEDOC

CARLOS FRANCO

DEL  
MARXISMO  
EUROCENTRICO  
AL  
MARXISMO  
LATINOAMERICANO



CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO Y LA PARTICIPACION  
LIMA

cedep

UNMSM-CEDOC

## *Presentación*

*El texto que entregamos al lector fue presentado con el título de “Desarrollo, Nación y Socialismo. (Del Marx “eurocéntrico” al marxismo “latinoamericano”)” al seminario sobre “Los Nuevos Procesos Sociales y la Teoría Política Contemporánea”, organizado por el Instituto de Estudios Sociales de la Universidad Autónoma de México y desarrollado en Oaxaca en el mes de marzo del presente año.*

*El propósito del trabajo es identificar los procesos de continuidad y ruptura entre el pensamiento de Marx sobre las sociedades orientales y aquéllos de José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre en la década del 20. Como tal, el presente texto forma parte de un libro en preparación dedicado por el autor al análisis de las concepciones de los fundadores del pensamiento sociopolítico de la izquierda peruana.*

Corredor  
**Carlos Delgado**

Traducción  
**y**  
**José Aricó**

El Sur, Oriente y América Latina

El Sur del pensamiento de Marx y la  
construcción del socialismo, la revolución y el  
socialismo en América Latina

El Sur del pensamiento de Marx y la  
construcción del socialismo, la revolución y el  
socialismo en América Latina

## Contenido

- 13 *Introducción*
- 15 *I Marx, Oriente y América Latina*
- 27 *II Acerca del pensamiento de Marx y la temática del desarrollo, la nación y el socialismo en América Latina*
- 67 *III Acerca del surgimiento del marxismo latinoamericano y de las perspectivas de Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui sobre el desarrollo, la nación y el socialismo en América Latina*

## Introducción

El desarrollo económico, la construcción de la nación y la concepción del socialismo constituyen un objeto central de la reflexión teórico-política en América Latina. La frecuencia de los textos dedicados a estos temas así lo evidencian. Un conjunto considerable de ellos han sido y son escritos por intelectuales y dirigentes políticos que se definen como marxistas y que se afirman en la posibilidad de *pensar América Latina "desde Marx"*. Para conocer la consistencia de este enfoque, decidimos organizar nuestra reflexión en torno a una pregunta central: ¿cuál es la perspectiva y la utilidad de la concepción de Marx para el análisis de la temática del desarrollo, la nación y el socialismo en América Latina? Para responderla, analizamos no sólo los escasos textos dedicados por Marx a nuestro continente sino también aquellos dedicados a la India, Ir-

landa y Rusia, países cuya naturaleza campesina y/o dependencia económica y política en el siglo XIX parecían indicarnos la posibilidad de encontrar las huellas teóricas sobre las cuales podía basarse el análisis de los actuales marxistas latinoamericanos.

La presencia de una postura alternativa basada en la creencia de que es posible *pensar a Marx desde América Latina*, y que informo los análisis de J. C. Mariátegui y V. R. Haya de la Torre en el período 1920-1930, nos condujo posteriormente al análisis tanto de la relación teórica entre estos intelectuales y el pensamiento de Marx como de la productividad de sus enfoques para el tratamiento de los temas que nos interesan.

Aunque no hemos podido evitar que el trabajo que presentamos esté influido por los términos que adquiere la discusión en el Perú, creemos que el mismo puede ser eventualmente útil para conocer la manera cómo se fundó teóricamente el análisis marxista de estos problemas en Latinoamérica.

Hemos organizado la presente exposición en tres capítulos. El primero, está dedicado a mostrar los cambios en la concepción de Marx respecto a las relaciones entre el mundo occidental y el "oriente"; el segundo, a analizar las implicancias de tales cambios teóricos para la discusión de la problemática del desarrollo, la nación y el socialismo en América Latina; y, el tercero, a estudiar la mutación conceptual operada por Haya y Mariátegui.

## I

### Marx, Oriente y América Latina

Como es conocido, las sociedades andinas y América Latina constituyeron para Marx una subclase contenida en la clase más general de las sociedades no occidentales. Creo que resulta evidente para todos que el mundo oriental no se constituyó en el objeto central de su reflexión. Sin embargo, los textos existentes son suficientemente numerosos como para permitir un análisis sistemático de su visión. Los estudios de diversos analistas (entre ellos Renato Levrero<sup>1</sup> y José Aricó<sup>2</sup>) indican la existencia en Marx de dos esquemas interpretativos sobre el mundo no occidental, secuenciados en el tiem-

1. Renato Levrero. "Marx, Engels y la Cuestión Nacional" en K. Marx y F. Engels. **Imperio y Colonia: Escritos sobre Irlanda**. Cuadernos de Pasado y Presente (72). México 1979. Págs. 13-55.
2. José Aricó **Marx y América Latina**. Ed. CEDEP. Lima. Perú 1980.

po. Aunque la evidencia disponible está presta a reinterpretación, es posible afirmar, a partir de la lectura de los textos, que tales esquemas se organizan sobre dos concepciones distintas del proceso histórico y de las relaciones entre occidente y oriente. José Aricó, en este sentido, ha atribuido el paso del primer al segundo esquema interpretativo a una profunda mutación en las coordenadas conceptuales de Marx. Por mi parte, teniendo en cuenta los trabajos citados así como la revisión de los textos en referencia, considero posible diferenciar tales esquemas en función de los distintos conjuntos de creencias sobre los cuales se organizan.

### *El paradigma eurocéntrico*

La primera visión a la que llamaremos “el paradigma eurocéntrico” y que comienza a concluir en 1858, parece sustentarse en el siguiente conjunto de creencias:

1. El desarrollo del capitalismo inglés y, en general, de la Europa Occidental tiende a constituirse en una suerte de modelo prefigurativo del desarrollo que seguirían las sociedades orientales.

2. La expansión y penetración del capitalismo inglés, y europeo en general, en las sociedades orientales sería un decisivo factor de progreso para éstas.

3. La misión del capitalismo es la formación de un mercado mundial y la uniformación del modo de producción económico. Esa misión es

percibida como inevitable e históricamente progresista.

4. Inglaterra y Europa Occidental en general son identificadas como el centro de revolución mundial.

5. La clase obrera europea aparece como la clase revolucionaria y su liberación es la condición necesaria para la liberación de los pueblos de oriente y de las nacionalidades oprimidas de Europa.

6. La existencia de una relación subordinada de los movimientos políticos en oriente a los objetivos estratégicos e incluso tácticos del proletariado europeo de los países centrales.

Según mi opinión, el basamento valorativo y cultural de esta visión, era la idea del progreso, el dominio del hombre sobre la naturaleza, la revaloración de la tecnología productiva y la laicización de la visión judeocristiana de la historia. El centramiento de estos valores en el fascinante objeto de su mirada: el análisis del modelo de desarrollo del capitalismo en Europa Occidental, contribuyó a configurar su visión del mundo oriental *a partir* de Europa.

Ahora bien, diversas posturas de Marx en la época parecen sustanciar nuestra calificación de este primer período del pensamiento de Marx sobre las sociedades orientales. Entre ellas citaremos las más conocidas:

a) La calificación de pueblos bárbaros o salvajes para aquellos que habitaban las socieda-

des orientales (ver, entre otros, el *Manifiesto Comunista* de 1848) y el desconocimiento de su capacidad de iniciativa histórica y de autodeterminación nacional.

b) La creencia en el carácter superior de la civilización occidental respecto de las de India y China y del carácter positivo de la intervención y penetración inglesa (ver artículos sobre India y China en 1853).

c) La aprobación de la intervención norteamericana en México, la sañuda crítica de "la personalidad mexicana" (ver Engels 1848 y Marx 1954) y el prejuicioso trato de Bolívar (1858).

d) La asociación de la población campesina con, para decirlo brevemente, las peores características del género humano (ver el mismo *Manifiesto*. . . o la primera edición de "La Lucha de Clases en Francia. . ."3).

3. Para el análisis de esta primera visión de Marx me resultó útil leer el libro de José Aricó ya citado, así como, entre otros, los siguientes: S. Schram y H. Carre-re D'Encause: **El Marxismo y Asia**. Ed. Siglo XXI. México. 1974; R. Schlesinger. **La Internacional Comunista y el Problema Colonial**. Cuadernos de Pasado y Presente (52). México 1977; V. Melotti. **Marx y el Tercer Mundo** Amorrortu editores. Buenos Aires. 1974; el primer capítulo de M. Caballero. **La Internacional Comunista y América Latina. La sección venezolana**. Cuadernos de Pasado y Presente (80). México 1978; y ciertas secciones de S. Bloom: **El Problema Nacional en Marx: El Mundo de las Naciones**. Biblioteca del Pensamiento Socialista. Ed. Siglo Veintiuno. Buenos Aires 1975.

Sólo después de escrito el presente trabajo tuve acceso al excelente texto de Lelio Basso: "Marxism Faces to the Problems of the Socialist Revolution in the Underdeveloped Countries" en **Socialism in the World**. Year Third, Beograd 1979, Number 15, cuya lectura recomiendo al lector interesado en el tema.

## *La descentración de la historia*

La segunda visión de Marx, que implica el reconocimiento de una suerte de “descentración de la historia” y que surge en el examen de las experiencias nacionales de China, Rusia, Irlanda, etc., parece sustentarse en las siguientes ideas:

1. Rechazo del intento de transformar su teoría acerca de la génesis del capitalismo en Europa Occidental en una teoría histórico-filosófica que predice los procesos de desarrollo de todas las sociedades, en cualquier situación histórica en que se encuentren.

2. Reconocimiento de la heterogeneidad de los desarrollos económicos del mundo occidental y no occidental y de su conflictiva interdependencia. Percepción de la subordinación del proceso de acumulación de los excedentes en los países no europeos respecto de los europeos y de las consecuencias del carácter colonial de la articulación política entre ellos.

3. Previsión del desplazamiento del centro del proceso revolucionario del mundo occidental al no occidental y constitución de la revolución nacional de los países dependientes en condición de la revolución social de los países europeos.

4. Examen de la posibilidad histórica del pasaje de las sociedades orientales al socialismo sin el tránsito necesario por la estación capitalista. Apertura a la posibilidad, para el caso

de Rusia, del pasaje al socialismo basándose en la existencia de instituciones campesinas comunitarias.

5. Percepción de la existencia de distintos sujetos históricos del movimiento revolucionario en sociedades asiáticas y/o coloniales (campesinado, pequeña burguesía, embrionaria clase obrera, intelectuales) vis a vis de aquellos de las revoluciones en sociedades europeas y capitalistas.

6. Afirmación de la distinta naturaleza de las tareas requeridas para la transformación de las sociedades asiáticas y/o coloniales (independencia política, revolución agraria, protección industrial y comercial) en comparación con aquellas a realizarse en sociedades europeas y capitalistas.

Este enfoque se expresa básicamente en:

a) El reconocimiento de la comuna campesina rusa como punto de apoyo de la regeneración social de Rusia.

b) La proposición de un programa para librar a Irlanda de Inglaterra que considera la necesidad de gobierno propio, revolución agraria y tarifas protectoras contra Inglaterra.

c) La defensa cada vez más firme de los movimientos nacionales en India, China y las protestas, aunque más bien con una fundamentación ética, contra la intervención anglo-franco-española en México.

Importa señalar, antes de proseguir, que el pasaje de un sistema interpretativo a otro no es suficientemente claro no sólo en el plano del contenido sino también en el de los tiempos. Contribuye a esta impresión, el carácter más bien intermitente de la preocupación de Marx por esta temática y los traslapes de su pensamiento con el de Engels sobre el particular.

Ahora bien, el pasaje, aunque lento y elusivo, de un esquema interpretativo a otro implicaba, como Aricó ha señalado, una vasta alteración de los centros de referencia del pensamiento de Marx. Si tal pasaje ocurrió fue porque la concepción centralizadora de la historia del desarrollo capitalista en el mundo, a partir de un modelo europeo occidental que se generaliza y somete al oriente a su regulación, cedió paso a una concepción por la cual se descentra la historia del desarrollo industrial y los procesos nacionales son reconocidos en su pluralidad. Este enfoque debió estar vinculado a su visión acerca de la multilinealidad de los pasajes históricos de los antiguos modos de producción. No escapará al lector que el contenido de su última visión le hubiera permitido asomarse a los plurales y específicos caminos a través de los cuales se construyeron los desarrollos históricos de las sociedades no occidentales. El desconocimiento por el "marxismo histórico" de los textos en que esta concepción se expresa reforzó por varias décadas el paradigma eurocéntrico y la incompreensión del carácter que

adoptó el desarrollo en “oriente” y en América Latina.

### *Una digresión sobre Marx y América Latina*

El cotejo de los dos textos más importantes que Marx y Engels dedican a América Latina, la anexión de territorio mexicano por los Estados Unidos y “Bolívar y Ponte” y de las fechas en que se escribieron, indica que ellos se incluyen en el período “eurocéntrico”. Por ello, tiene sentido preguntarse si el cambio del paradigma eurocéntrico, que permite a Marx comenzar a entender los procesos políticos de las sociedades orientales y países coloniales le hubieran permitido comprender el proceso histórico latinoamericano.

Aunque nuestra opinión ha sido desarrollada en otra parte, deseo señalar aquí nuestra línea argumental:

1. Los procesos políticos en Oriente e Irlanda, por un lado, y en América Latina, por otro, se desarrollaban dentro de sistemas políticos distintos. En el primer caso, se trataba de colonias, protectorados, enclaves político-territoriales o imperios (dinastía Manchú, imperio otomano, etc.). En el segundo caso, se trataba de “Estados Independientes”.

2. La existencia de distintos sistemas políticos implicaba diversos tipos de presencia y visibilidad del poder extranjero. Este era direc-

to y visible en Oriente e Irlanda mientras en América Latina era indirecto e "invisible".

3. La presencia o ausencia extranjera condicionaba diversas modalidades expresivas del fenómeno nacional. En Oriente e Irlanda, la ocupación o amenaza extranjera presionaban por la unidad nacional y ésta se expresó por ello en poderosos movimientos anticoloniales. En América Latina, en cambio, la ausencia en numerosos países del poder extranjero en forma directa y visible condicionó la formación de un cuadro político distinto. La desarticulación económica, la pluralidad étnica y los numerosos poderes locales conspiraron contra el desarrollo de un cuerpo nacional homogéneo. Las rebeliones populares no portaron frecuentemente un proyecto nacional y sus reclamos, más bien particularistas, amenazaban con su potencial y dinámica disgregadora la formación del cuerpo nacional.

4. En Oriente e Irlanda, por tanto, la direccionalidad del proceso político se iniciaba abajo (en la nación dominada) y se orientaba a las alturas (el poder colonial). El objetivo histórico era la conversión del movimiento nacional en Estado independiente. En América Latina, en cambio, la nación era una realidad por crear y el Estado una de sus condiciones de realización. Por tanto, a diferencia de Oriente e Irlanda, el proceso histórico seguía una direccionalidad que, surgida en las alturas (el débil

poder central o estatal), descendía a la base (grupos indígenas y criollos). El objetivo histórico era la creación de la nación.

Y bien, ¿qué significa todo esto en relación con la concepción de Marx?

Yo quisiera aquí recordar la secuencia que sigue el desarrollo de su pensamiento. Esta se inicia en el abordaje de las relaciones entre Estado y Sociedad Civil. Si mal no recuerdo, en *La Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, escrita el 43, Marx critica la idea hegeliana de estas relaciones afirmando que es la sociedad civil el ancla, la base, la realidad determinante del Estado. Marx tiende a ver los movimientos y la direccionalidad del comportamiento de éste como *expresiones resultantes* del movimiento y la direccionalidad de aquella y las fuerzas que allí operan. Esta concepción de las relaciones modula su percepción de los procesos sociales globales y de la relación entre economía y política. En efecto, la producción del Estado por la sociedad y de la política por la economía lo conduce a “ver” los procesos sociopolíticos animados por una direccionalidad ascendente y a identificar el destino de las naciones como su conversión en Estados. Probablemente por ello, es decir, por el carácter *derivado* del Estado, es que no se preocupó nunca por elaborar sistemáticamente una teoría autónoma de éste, de su organización institucional, de su funcionamiento, de la interacción entre

sus agentes constitutivos, etc. Criticando de este modo a Hegel, Marx inconscientemente reproducía en el nivel de la *teoría general* lo que la *particular práctica* histórica europea le mostraba. Una vez resuelto este problema, Marx se dedica a desbrozar analíticamente la realidad cubierta por el concepto de sociedad civil y por ello, en los años siguientes, orienta su atención a fenómenos económicos y sociales tales como el modo de producción, las relaciones de producción, la plusvalía, el sistema de propiedad, las clases, la lucha de clases, etc., realidades y conceptos, reitero, aludidos o referidos sincrética y tempranamente por la noción de "sociedad civil".

Ahora bien, esta concepción le permite entender los procesos históricos en Asia e Irlanda. Aun cuando estos procesos tenían características, estilos y modalidades expresivas particulares y diferentes de los europeos, compartían con éstos dos formas esenciales: su direccionalidad (de abajo-arriba) y su objetivo (el devenir de las naciones en Estados). El proceso histórico de América Latina, en cambio, se aparta violentamente de este patrón y por tanto es irreconocible para la racionalidad con la que Marx opera. Marx, entonces, no estaba en condiciones de ver lo que no podía ver. Es más bien en este estilo de razonamiento, basado en la manera como se desarrolló el proceso histórico europeo que le fue accesible, que se genera la demanda ideológica en el discurso

marxiano por los remanentes hegelianos de “los pueblos sin historia” o de las naciones “sin vitalidad” que durante tan largo tiempo lo acompañaron.

Probablemente por estas razones la superación del paradigma eurocéntrico, que le permite acercarse a la comprensión de Oriente, Irlanda e incluso Rusia, no es suficiente para comprender América Latina.<sup>4</sup>

4. Las primeras versiones de este enfoque se encuentran en la presentación del libro de José Aricó, ya citado, y en el texto incluido, junto con los de Oscar Terán y Emilio de Ipola bajo el título “En torno a Marx y América Latina” en **Socialismo y Participación**. N° 13. Marzo 1981. Págs. 63-72.

## II

### **Acerca del pensamiento de Marx y la temática del desarrollo, la nación y el socialismo en América Latina**

El propósito de esta sección es evidenciar, en unos casos, o abstraer, en otros, la dirección del razonamiento de Marx en torno a los problemas del desarrollo, la nación y el socialismo en Oriente y América Latina. Para ello, procederemos a identificar su característica línea argumental en los dos períodos antes señalados.

#### *El paradigma eurocéntrico: desarrollo, nación y socialismo*

El paradigma eurocéntrico define el marco conceptual en el que podemos situar su primera visión del desarrollo, de la nación y el socialismo en las sociedades orientales y en América Latina.

Para comprender el tipo de desarrollo industrial previsto por "el primer Marx" para las so-

ciedades no europeas conviene recordar su particular visión de las relaciones entre el capitalismo industrial europeo y el mundo oriental. Los siguientes párrafos, extraídos de *El Manifiesto Comunista* hablan por sí mismos: “Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en asunto vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas llegadas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones /.../”.

“/.../ Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones hasta las más bárba-

ras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. *Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza/.../*". (La cursiva es nuestra).<sup>5</sup>

Este enfoque se expresará más claramente en sus escritos sobre India y en su interpretación, y la de Engels, de la anexión por los Estados Unidos de territorios mexicanos.

Aunque suficientemente conocidos, conviene recordar sus afirmaciones en torno al papel de Inglaterra en la India. En *Futuros Resultados de la Dominación Británica en la India* (1853) aseguraba que: "Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión: una destructora, la otra regeneradora; la aniquilación de la vieja sociedad asiática y la colocación de los fundamentos materiales de la sociedad occidental en Asia". Y, más adelante: "De acuerdo con una ley eterna de la historia, los conquistadores bárbaros son conquistados, a su vez, por la civilización superior de los pueblos que so-

5. K. Marx y F. Engels "El Manifiesto Comunista". Pág. 17 y 18 en K. Marx y F. Engels. *Sobre el Colonialismo*. Cuadernos de Pasado y Presente (37). México 1979.

juzgan. Los ingleses fueron los primeros conquistadores de civilización superior a la hindú y por eso resultaron inmunes a la acción de ésta” (La cursiva es nuestra).<sup>6</sup> La tarea “regeneradora” de Inglaterra, a su vez, se realizaba a partir de la ruptura del aislamiento de la India “primera condición de su estancamiento” y de su incorporación “al mundo occidental”. Es obvio que dicha incorporación suponía, en el plano político, la conversión de la India en colonia, y en el plano económico, la cancelación de su rudimentaria industria doméstica. A partir de ese tipo de incorporación, Marx despliega el abanico de tareas “regeneradoras”: la unidad política (la forma político-territorial del poder colonial), la formación del ejército nativo, la prensa libre, los nuevos tipos de propiedad privada, el sistema de comunicaciones, etc. De este modo, tal como había comentado en *La Dominación Británica en la India*, Marx creyó que “La intromisión inglesa, que colocó al hilandero en Lancashire y al tejedor en Bengala, o que barrió tanto al hilandero como al tejedor indios, disolvió esas pequeñas comunidades semibárbaras y semicivilizadas al hacer saltar su base económica, produciendo así la más grande, y para decir la verdad, la única revolución social que jamás se ha visto en Asia”.<sup>7</sup> Para Marx, en esos

6. K. Marx “Futuros Resultados de la Dominación Británica en la India” en C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas*, Tomo I. Ed. Progreso. Moscú, 1973. Pág. 507.

7. K. Marx. *La Dominación Británica en la India* en C. Marx y F. Engels. *Ob. Cit.* Pág. 503.

años: “De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo del estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, *Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución*” (La cursiva es nuestra).<sup>8</sup> La misión de la humanidad era el desarrollo de las fuerzas productivas, del libre comercio, del proceso de unificación del mercado mundial, en suma, del “régimen burgués” occidental.

Ahora bien, ¿qué tipo de desarrollo previó Marx para la India a partir del hecho colonial? La respuesta a la pregunta anterior se encuentra en su hipótesis acerca de los efectos de la introducción de la locomoción: “Pero una vez que se ha introducido la maquinaria en el sistema de locomoción de un país que posee hierro y carbón, ya no es posible impedir que ese país fabrique dichas máquinas. No se puede mantener una red de vías férreas en un país enorme, sin organizar en él todos los procesos industriales necesarios para satisfacer las exigencias inmediatas y corrientes del ferrocarril, *de las cuales debe surgir la aplicación de la maquinaria a otras ramas de la industria no directamente relacionadas con el transporte ferroviario*. El sistema ferroviario se convertirá por lo tanto, en la India, en un verdadero precursor de la industria moderna” (La cursiva es

8. Id. pág. 504.

nuestra ).<sup>9</sup> El proceso de industrialización era inexorable para Marx a pesar que “ya sé que la industriocracia inglesa trata de cubrir la India de vías férreas con el exclusivo objeto de extraer, a un costo más reducido, el algodón y otras materias primas necesarias para sus fábricas”. Si Marx no retira las consecuencias lógicas de la verificación de este objetivo preciso de la industria inglesa en India es porque está afiliado a la idea de que “El período burgués de la historia está llamado a crear las bases materiales de un nuevo mundo: a desarrollar, por un lado, el intercambio universal basado en la dependencia mutua del género humano, y los medios para realizar ese intercambio; y por el otro, a desarrollar las fuerzas productivas del hombre y transformar la producción material en un dominio científico sobre las fuerzas de la naturaleza. La industria y el comercio burgueses van creando esas condiciones materiales de un nuevo mundo, del mismo modo que las revoluciones geológicas crearon la superficie de la tierra”.<sup>10</sup>

Esta misma creencia soporta los juicios de Engels sobre la penetración occidental en otras sociedades orientales: Los “gloriosos avances de la *civilización* en Turquía, en Egipto, en Túnez, en Persia y *otros países bárbaros*. . . (son)

9. K. Marx “Futuros Resultados de la Dominación Británica en la India”, en K. Marx y F. Engels. **Sobre el Colonialismo**. Pág. 81.

10. Id. pág. 83.

preparativos para el florecimiento de una futura burguesía. . . *Nada tenemos en contra de que por doquier ejecute sus designios*". Y en su exhortación final, en ese mismo texto ("Los Movimientos de 1847"), a los "honorables señores del capital" sostiene: "Necesitamos de vosotros por el momento; *vuestra dominación, incluso aquí y allá nos es necesaria*. Tenéis que despejarnos del camino los restos de la Edad Media y de la monarquía absoluta, tenéis que aniquilar el patriarcalismo, *tenéis que centralizar*, tenéis que transformar a todas las clases más o menos desposeídas en verdaderos proletarios, en reclutas para nosotros, tenéis que suministrarnos mediante vuestras fábricas y conexiones comerciales la base de los medios materiales que el proletariado necesita para su liberación. Como premio por ello, podéis dominar un breve tiempo. . . pero no lo olvidéis 'El verdugo está a la puerta'" (La cursiva es nuestra).<sup>11</sup>

El enfoque de Engels sobre la ocupación norteamericana de México, que es el del Marx de la época, no hace sino confirmar esta línea argumental. En 1847, Engels señalaba: "En América hemos presenciado la conquista de México *la que nos ha complacido*. Constituye un progreso, también, que un país ocupado hasta el pre-

11. Las referencias a este texto se pueden encontrar en la primera nota del capítulo dedicado a "La Guerra de México", en K. Marx y F. Engels. **Materiales para la Historia de América Latina**. Cuadernos Pasado y Presente (30). México. 1979. Págs. 217-218.

sente exclusivamente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba a punto de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante sea lanzado por la violencia al movimiento histórico. Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos. Es en interés del desarrollo de toda América que los Estados Unidos, mediante la ocupación de California, obtienen el predominio sobre el Océano Pacífico".<sup>12</sup> Y dos años más tarde, 1849, Engels agregaba: "¿Y les reprochará Bakunin a los norteamericanos el realizar una 'guerra de conquista' que por cierto propina un rudo golpe a su teoría basada en 'la justicia y la humanidad' pero que fue llevado a cabo única y exclusivamente en beneficio de la civilización? ¿O acaso es una desgracia que la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos, que no sabían qué hacer con ella?, ¿lo es que los enérgicos yanquis, mediante la rápida explotación de las minas de oro que existen allí, aumenten los medios de circulación, concentren en la costa... una densa población y un activo comercio, creen grandes ciudades, establezcan líneas de barcos de vapor, tiendan un ferrocarril desde Nueva York a San Francisco, abran en realidad por primera vez el Océano Pacífico a la civilización

12. F. Engels (La tutela de los Estados Unidos) en K. Marx y F. Engels. Ob. cit. Pág. 183.

y, por tercera vez en la historia, impriman una nueva orientación al comercio mundial? La 'independencia' de algunos españoles en California y Tejas sufrirá con ello, tal vez, la 'justicia' y otros principios morales quizás sean vulnerados aquí y allá, ¿pero, qué importa esto frente a tales hechos histórico-universales?" (La cursiva es nuestra).<sup>13</sup>

En 1850, Marx y Engels celebraban el descubrimiento de las minas auríferas californianas señalando que sus efectos serían "más trascendentales que el propio descubrimiento de América". Según ellos "El oro californiano se vierte a raudales sobre América y la costa asiática del Océano Pacífico y arrastra a los reacios pueblos bárbaros al comercio mundial, a la civilización". Como en el caso de la India, ambos asociaban el dominio norteamericano con la industrialización: "Merced al oro californiano y a la infatigable energía de los yanquis, pronto ambas costas del Océano Pacífico estarán tan pobladas, tan abiertas al comercio, tan industrializadas como lo está hoy la costa de Boston a Nueva Orleans".<sup>14</sup>

Como se observa, seducidos por el desarrollo de la civilización capitalista industrial europea y norteamericana, Marx y Engels no sólo apro-

13. F. Engels (La Magnífica California) en K. Marx y F. Engels. Ob. Cit. Págs. 189-190.

14. K. Marx y F. Engels (El Oro Californiano. Canales en América Central) en K. Marx y F. Engels. Ob. Cit. Págs. 191-192.

baron la conquista de los territorios y poblaciones "orientales" sino que afirmaron su carácter civilizador e históricamente progresista. El proceso de industrialización de Oriente fue percibido entonces como siendo originado desde fuera, por lo que hoy se llaman las sociedades centrales, y desarrollado bajo su control económico y político. De acuerdo a esta concepción, los mecanismos del desarrollo económico en las sociedades no occidentales radicaban, por un lado, en la necesidad de los industriales occidentales de producir la infraestructura de transporte y luego los bienes de capital industriales en el propio espacio colonial conquistado y, por otro, en la apertura del comercio. De este modo, se reproduciría en Oriente, el proceso de industrialización capitalista, se desarrollaría la burguesía (cuya mayoritaria composición "occidental" parece obvia) y, con ella, el proletariado. No es difícil dejar de advertir que de acuerdo a este enfoque tendría que cumplirse en Oriente la "etapa" capitalista a partir de la cual sería posible plantearse la posibilidad de la "etapa" socialista. La historia del desarrollo económico en el Oriente y América Latina, como sabemos, se separó drásticamente de las hipótesis de Marx.

Ahora bien, a la concepción de Marx acerca del desarrollo le es inherente una concepción de las sociedades orientales y de sus poblaciones que pasamos, a continuación, a reseñar.

Son conocidos los juicios de Marx y Engels sobre las sociedades asiáticas y el despotismo oriental. Una estructura milenaria de comunidades aisladas o dispersas subordinadas a un imperio central despótico y a una burocracia celeste anclada en el monopolio de lo sagrado no era apta para desarrollar autónomamente sus fuerzas productivas o encarnar una voluntad histórica transformadora. A esta estructura la habitaba exclusivamente una necesidad intrínseca de reproducirse en la escasez, la jerarquía y la esclavitud. El aislamiento, el carácter natural de sus técnicas productivas, su estructura patriarcal, así como el sentido mágico-religioso de sus creencias hacían de las comunidades y del desconocimiento de la propiedad privada la clave de la sociedad asiática. Para Marx y Engels ellas representaban “el fanatismo”, “la barbarie”, “el estancamiento de la historia”. Es por ello que el progreso y la transformación sólo podían alcanzarlas por un impulso externo, originado en la civilización europeo-occidental.

Por otro lado, la consideración defectiva del campesinado, población mayoritaria del mundo no occidental (cuyo retraso económico-político y cultural, asociado a su pertenencia a los modos de producción más retrasados conducían a Marx, en la misma Europa, a identificarlo con el “primitivismo” y la “barbarie”) contribuyó, sin duda alguna, a descartar la consideración de un proceso autónomo de transformaciones en Oriente.

Pero no sólo su visión de la estructura de la sociedad asiática y de las carencias de la población campesina nativa se articularon con su concepción del desarrollo. En relación con América Latina, Engels y Marx asimilaron a los grupos mestizos y criollos a su idea de "naciones sin vitalidad". En 1852, ellos ubicaron a los criollos españoles dentro de los restos de "numerosas naciones cuya nacionalidad y vitalidad política estaban agotadas desde tiempo atrás y que, por ello, se habían visto obligadas a seguir las huellas de una nación más poderosa que las había conquistado..."<sup>15</sup> Los criollos americanos, entonces, no estaban en aptitud de conquistar una vida nacional independiente, es decir, de convertirse en Estados. Esta noción de vitalidad histórica no sólo se asociaba con la noción hegeliana sino también con un curioso razonamiento circular por el cual la ausencia de vitalidad explicaba la inexistencia de una vida independiente y ésta, a su vez, permitía identificar aquella. Es precisamente en este contexto que podemos explicar el carácter relativo que para el Engels y el Marx de la época tenía los valores de "independencia" y "justicia". Su uso en Europa para fundamentar, en el plano moral, la protesta obrera o la defensa de las naciones vitales fue invalidado frecuentemente en Oriente y América Latina por la calidad defectiva atribuida al

15. F. Engels y K. Marx (Eslavos y Criollos) en K. Marx y F. Engels. Ob. Cit. Págs. 199-200.

campesinado nativo y a los grupos nacionales sin vitalidad. El etnocentrismo económico y político se articulaba entonces con el relativismo moral.

De todo lo anterior se desprende lo siguiente: a) la interrelación entre las concepciones de desarrollo y nación; b) la práctica disolución de la nación, en Oriente y en América Latina, como problema teórico y la incomprensión de los términos en que dicho problema se planteaba en nuestro continente. En este último sentido, como lo señalaba recientemente Terán, las ideas de Marx acerca de los grupos étnicos coexistiendo en sociedades multinacionales o resistiendo su aniquilamiento por autocracias o monarquías, como las posteriores formulaciones "marxistas" sobre las comunidades nativas que se enfrentaban al sistema colonial, pudiendo definir "el problema de las nacionalidades" no proporcionaban marco de referencia alguno al "problema de la nación" en América Latina. Pero si ello era así, reiterémoslo, es porque este problema no era "visible" desde la noción de desarrollo a la cual el primer Marx se afiliaba. Esta última, como hemos visto, se basaba en la práctica supresión o en la consideración negativa de un proceso de industrialización endógeno, de un espacio autónomo de intercambios económicos y en la aversión a cualquier forma nacional-estatal que impidiera la penetración de "la civilización occidental".

Los enfoques de Marx acerca del desarrollo y las nacionalidades permiten indagar en su implícita perspectiva sobre el socialismo en Oriente y América Latina. Su imagen del desarrollo en esa época debió conducirlo a: a) percibir la imposibilidad de evitar el tránsito por el capitalismo y a ver éste, por tanto, como una estación obligatoria. Contribuye a fundar esta opinión su desatención de la posibilidad de un proceso de industrialización no capitalista; b) considerar el socialismo como una etapa relativamente lejana pues precisaba de un largo proceso histórico de industrialización constitutiva de la burguesía y el proletariado; c) condicionar el socialismo en Oriente y en el mundo no europeo en general a la realización previa del mismo en Europa y los Estados Unidos. Su imagen de la población no europea, por su parte, debió conducirlo a: a) considerar el socialismo como la resultante de un proceso de homogeneización occidental del mundo habida cuenta de la incapacidad indígena, mestiza o criolla, para generarlo en las condiciones "asiáticas" o "latinoamericanas"; b) obliterar la vinculación entre movimiento nacional, identidad cultural y socialismo en vista de su creencia en la necesidad de una única vía de industrialización y de una suerte de proletarización de la población "oriental" en los términos del proceso que creyó percibir en occidente.

De todo lo señalado se desprende una primera respuesta a la pregunta planteada al inicio

de este trabajo: el pensamiento eurocéntrico del “primer” Marx no define un marco conceptual adecuado que permita analizar los problemas del desarrollo económico, la construcción de la nación y la alternativa socialista en América Latina. No parece tener mucho sentido entonces la idea de “pensar” América Latina (y los problemas implicados) desde Marx. O, por lo menos, de este Marx.

*La descentración de la historia:  
desarrollo, nación y socialismo*

Pero ¿se puede sostener la respuesta anterior reconociendo su segundo paradigma interpretativo?

Un primer problema que se plantea en relación con lo señalado es la práctica ausencia de textos sobre América Latina en este segundo momento de su reflexión. Los textos más expresivos del nuevo enfoque son, según mi opinión, los escritos sobre Irlanda y Rusia, países cuya modalidad política de existencia (colonia e imperio) son claramente diferentes de aquella de los países latinoamericanos (“Estados Independientes”). Por tanto, la pregunta no puede tener una respuesta precisa. Sin embargo, la lectura de los textos referidos permite dudar de la permanencia en Marx del primer enfoque acerca de la temática del desarrollo, la nación y el socialismo en Oriente y, por extensión, en América Latina. Como no se trata aquí

de realizar la peligrosa operación de construir la imagen posible del segundo Marx sobre América Latina, dedicaremos las líneas siguientes a constatar las modificaciones operadas en su pensamiento dejando al lector la tarea de formular sus propias conclusiones.

### *Los escritos sobre Irlanda*

Resulta evidente el notable interés de Marx y Engels en los problemas de Irlanda. La copiosa correspondencia que mantuvieron en torno a la evolución económica y política de esa nación, las cartas de Marx a Kugelmann, la extensa sección que Marx le dedica en el Capítulo XXIII del primer volumen de *El Capital* (La Ley General de la Acumulación Capitalista), los comunicados confidenciales y las propuestas presentadas al Consejo General de la Internacional, los estudios de Engels, etc. constituyen testimonios de lo señalado. El interés de Marx y Engels fue, en un primer momento, un interés derivado de la preocupación central por la evolución de Inglaterra y de su clase obrera, reino y clase que constituían su apuesta en la transformación mundial. Pero pronto, el descubrimiento del tipo específico de dependencia (económica y política) de Irlanda respecto de Inglaterra y, ulteriormente, de las retroacciones existentes, los condujeron, y muy especialmente a Marx, a elaborar un planteamiento drásticamente diferente de aquél que había guiado su

pensamiento y acción en el pasado. Este planteamiento se basó en el concepto del desarrollo desigual de las naciones y por tanto en la ruptura del esquema unilineal del desarrollo capitalista en el mundo. Pero tanto o más importante que lo anterior, es el traslado de su interés por los modos de producción a los modos de desarrollo, unidad de análisis este último que exigió la construcción de un esquema interpretativo global en el que se interconectan los procesos económicos y políticos de un modo ciertamente más complejo que el que percibió en el pasado. En este sentido, las relaciones entre Inglaterra e Irlanda se constituyeron en una suerte de realidad privilegiada a partir de la cual Marx se asomaba a la construcción de un modelo de las relaciones más generales entre la economía industrial desarrollada y las economías campesinas, entre metrópolis y colonias, entre Occidente y Oriente.

No es del caso ahora seguir el itinerario de este replanteamiento sino indicar sus líneas maestras y, más precisamente, aquellas vinculadas con nuestro interés. Esquemáticamente, este proceso se desarrolló del siguiente modo:

1. Identificación de una especialización productiva desigual entre Irlanda e Inglaterra, campesina en la primera e industrial en la segunda, y del carácter derivado de la misma respecto del tipo de articulación económica y política que las unía.

2. Desarrollo desigual del proceso de acumulación en ambas sociedades. Mientras en Irlanda el proceso de acumulación de capital quedó bloqueado por su obligada conversión en apéndice campesino de Inglaterra, en ésta dicho proceso se desarrolló a través de la inversión industrial y la conquista de mercados. Mientras la formación del mercado nacional fue interferido en Irlanda, en Inglaterra el mismo se amplió de modo de incluir los mercados de las colonias. Mientras Irlanda no pudo, por decisión inglesa, proteger su incipiente industria vía una política arancelaria adecuada, Inglaterra usó esta última en su propio beneficio. Cuando Irlanda pudo impulsar un precario proceso de industrialización, Inglaterra empleó el libre comercio y la competencia para destruirlo. Mientras Irlanda no podía definir los precios de exportación de sus productos del campo, Inglaterra los definía según su arbitrio. Cuando los arrendatarios irlandeses de la tierra pudieron, al amparo de determinadas circunstancias, acumular excedentes para la inversión, se vieron obligados a dirigir ésta a la industria y el mercado inglés por su incapacidad para reproducirlo y ampliarlo en su espacio económico interno. Finalmente, Irlanda no pudo definir sus líneas de producción y su propia estructura ocupacional en vista de su dependencia respecto de una política inglesa tan errática como incontrolable. Por ello, Marx sentencia que la acumulación en Irlanda es funcional a la de la metrópoli y, en

el referido capítulo de *El Capital*, concluye en que “la acumulación de riqueza en un pueblo significa contemporáneamente acumulación de miseria, torturas laborales, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el pueblo opuesto”.<sup>16</sup> Importa señalar aquí que las observaciones de Marx acerca de la situación irlandesa no derivan directamente del estudio de su modo de producción, sino de las condiciones globales en que éste históricamente se define a partir de la articulación económica y política dependiente de la nación irlandesa respecto de la metrópoli. Igualmente, conviene observar la conciencia de Marx acerca de los resultados desiguales de lo que consideraba las leyes generales del modo capitalista de producción. Finalmente, deberá comprobarse el carácter subversivo que tiene este enfoque para sus iniciales ideas acerca de la generalización y unificación del proceso industrial en el mundo y de la homogeneización de los procesos de desarrollo de las naciones.

3. Percepción de los diferentes procesos de constitución de “las clases bajas” en ambas sociedades. Los distintos procesos de desarrollo

16. El párrafo ha sido extractado por Renato Levrero, en su obra ya citada, de *El Capital* Cap. XXIII. Revisando, sin embargo, la traducción castellana realizada por Wenceslao Roses me encuentro con que allí donde Levrero lee “pueblo” Roses lee “pelo”. Que ello no modifica el sentido del texto advertido por el primero se comprueba con la lectura global del capítulo, sentido confirmado igualmente por la lectura del Capítulo XXV del primer tomo de *El Capital* dedicado a “La moderna teoría de la colonización”.

se expresan en diferentes condiciones de vida para las clases subordinadas. El extremo grado de explotación del campo por los propietarios ingleses, la incapacidad histórica de los arrendatarios irlandeses para definir los precios de sus productos y la imposibilidad de articular un proceso sostenido de industrialización en las ciudades expulsa a los campesinos irlandeses del campo, promueve su inmigración a las ciudades, bloquea su proletarización interna y los condena, sea al retorno a la tierra, al "bandidismo" o a la emigración a Inglaterra. Allí integran el "ejército de reserva", compiten por la ocupación, operan en los trabajos marginales, contribuyen involuntariamente a la reducción del salario y son segregados a los barrios más pobres. La clase obrera inglesa, en cambio, comienza a beneficiarse de los ingresos derivados del proceso de acumulación interna y de la explotación de las colonias a través de una reducción de su horario de trabajo, el incremento relativo de sus salarios y de las posibilidades de organización corporativa o sindical. Ello determina, a su vez, distintas orientaciones políticas pues mientras los campesinos y obreros irlandeses se comprometen en luchas políticas cada vez más intensas y radicales, el proletariado inglés refuerza su reformismo. Mientras el comportamiento de las "clases bajas" irlandesas expresa el sentimiento de su opresión simultáneamente nacional y clasista, los obreros ingleses resultan asociados a su burguesía y se distan-

cian con la espuria legitimidad que le brindan los argumentos “raciales” o “nacionales”, de los intereses de aquellas. Marx entonces cuestiona sus creencias anteriores tanto en relación con el carácter revolucionario atribuido al proletariado inglés como con la dependencia de la revolución mundial respecto de aquella a realizarse en “la metrópoli del capital”.

4. La complementaridad de los diferentes mecanismos políticos que regulan la relación de los gobiernos (y clases en el poder) y las “clases bajas” en Inglaterra e Irlanda. La posibilidad de la democracia, la negociación y el consenso en Inglaterra, asociada como estaba a los inicios de una tímida distribución del ingreso y sus efectos en la demanda, era complementaria de la política brutalmente represiva y autoritaria con la que la administración inglesa castigaba a la población irlandesa, dentro del marco de un despojamiento radical de todo excedente producido internamente.

5. De todo lo señalado, Marx desprendía las siguientes consecuencias: a) la condición para la revolución socialista en Inglaterra era la realización de la revolución nacional en Irlanda, b) la revolución en Irlanda era una revolución simultáneamente nacional y clasista (en la medida que los propietarios de la tierra eran ingleses); c) el programa revolucionario en Irlanda debía basarse en la independencia de Inglaterra, la reapropiación de la tierra y la protec-

ción arancelaria y aduanera; d) dicho programa, como su base social en las "clases bajas", convierte a los Fenianos, organización revolucionaria irlandesa, en un movimiento nacional y en una "tendencia socialista"; e) la base social de este movimiento era (y debía ser) interclasta: campesinos, intelectuales, obreros.<sup>17</sup>

Como se observa, este enfoque acerca del desarrollo en Irlanda era diametralmente distinto del antiguo enfoque eurocéntrico. Partiendo de tres conceptos nucleares, el desarrollo desigual, la diferencia en los procesos de acumulación y la dependencia económica y política, Marx conjetura ahora un tipo de desarrollo en la nación dominada que precisa para su realización del control o la desaparición de aquella que en su enfoque eurocéntrico lo hacía posible: la penetración de la industria capitalista occidental y la ocupación económica y política extranjera. No es casual, en este sentido, el orden del programa: ruptura del lazo político colonial (la independencia); la ruptura de la servidumbre en el campo (revolución agraria); formación de un espacio económico propio (protección arancelaria y aduanera). Sólo de este modo podrían desplegarse entonces los procesos característicos del desarrollo económico: la formación del

17. Para verificar el grado de consistencia de esta versión/interpretación del pensamiento de Marx, es preciso consultar sus numerosos textos sobre Irlanda, así como los escritos conjuntamente con Engels. Ver K. Marx y F. Engels. **Imperio y Colonia...**

excedente, inversión en la industria, crecimiento del producto, desarrollo del mercado, relación entre la demanda y la tecnología de escala, etc., etc. Según mi opinión, esta concepción del desarrollo, a pesar de surgir del estudio de una realidad colonial europea, brinda elementos teóricos y, lo que es más importante, las primeras bases de una perspectiva desde la cual es posible analizar las características del desarrollo en América Latina.

Sin embargo, antes de elaborar cualquier juicio sobre la pertinencia de este enfoque para el estudio del problema nacional en América Latina, conviene reparar en lo siguiente:

a) Mientras en Irlanda la realidad de “la nacionalidad” (en términos étnico-culturales) se identifica con la de “la nación” (en términos de una histórica y unitaria colectividad sociopolítica), en la América Latina de la época coexistían conflictivamente diferentes grupos étnicos con distintas tradiciones históricas e identidades culturales dentro de los marcos territoriales de Estados precarios y “la nación” era por tanto una realidad a construir;

b) Marx no necesita renunciar, en el estudio de Irlanda, a los remanentes hegelianos en su idea de nación (como colectividad “vital” y “viable”) pues el comportamiento político irlandés (su masiva pretensión de convertirse en Estado independiente), como su naciente desarrollo manufacturero en el pasado (cuando encon-

tró "espacio" para ello), reforzaban tal concepción. En América Latina, en cambio, la fragmentación, superposición y conflictos entre los grupos étnicos impedían percibir la posibilidad de su convergencia "nacional". Importa recordar aquí que la nación en América Latina no se planteaba en términos de "nacionalidad" como en Europa, sino más bien: 1) como un progresivo proceso de mestizaje (a partir de la diversidad étnico-cultural); 2) como constitución de una conciencia colectiva unitaria (a partir de la fragmentación de las conciencias grupales); 3) como la constitución de un movimiento sociopolítico (a partir de la progresiva convergencia de los grupos sociales en conflicto con la dominación extranjera); y 4) como proyecto de autocentramiento tanto de las instituciones económicas y políticas como de las decisiones fundamentales (a partir de la dependencia de las decisiones y la desarticulación institucional);

c) Mientras en Irlanda el proceso de construcción estatal de la nacionalidad era ascendente y contrario a la administración gubernamental (en la medida que el gobierno era controlado por Inglaterra), en América Latina, el Estado "independiente" (administración, ejército, fronteras, legislación, etc.) se constituía en el frágil y parcial soporte del proceso de construcción de la nación. Por todo ello, el enfoque de Marx sobre Irlanda le permitiría entender los procesos en Oriente en los cuales an-

tiguas naciones, como China por ejemplo, “cumplían las condiciones” implicadas en su concepto de nacionalidad/nación y desenvolvían su vida dentro de los marcos de sistemas coloniales. Este no era el caso de América Latina ciertamente. Sin embargo, resulta claro que en su reflexión sobre Irlanda, Marx abre la posibilidad de pensar la nación en términos de una estructura económica y política unitaria y autocentrada que es una de las problemáticas constitutivas del fenómeno nacional en América Latina.

Resumiendo entonces, su enfoque del desarrollo se asociaba con ciertos supuestos en torno al “problema nacional” (en tanto nacionalidad): a) sujeto nacional (en tanto nacionalidad) del desarrollo; b) conversión de la nación (nacionalidad) en Estado; y, c) carácter interclasista del cuerpo nacional (nacionalidad). Estamos entonces en las antípodas del planteamiento eurocéntrico que, como vimos, disolvía el problema nacional. De los efectos de este planteamiento en la construcción socialista en las colonias y Oriente no podemos en cambio retirar una proposición consistente. Aunque no deja de constituir un indicio, sujetos a distintas interpretaciones, la atribución de “socialista” a un programa como el señalado y a un movimiento que, como el Feniano, no era “clasista”, ni exclusivamente (o mayoritariamente) “obrero”, sino más bien campesino e intelectual.

Si Irlanda es el centro principal del interés de Marx entre 1860 y 1870, Rusia ocupa su atención en la década siguiente. Diversos hechos tales como la decisión de suspender la elaboración definitiva de los últimos tomos de *El Capital*, y el aprendizaje del ruso para acceder a las fuentes documentales son muestras evidentes de lo señalado. Si se recuerdan los fundamentales cambios en su perspectiva de análisis, expresados en el estudio de Irlanda, se comprenderá la causa de su decisión de detener su obra más importante. Como ha señalado Boris Nicolaievski en *Marx y el Problema Ruso*, Marx había ampliado el marco de su investigación y pensaba emplear el caso de Rusia para ilustrar "el desarrollo de los países agrarios del mismo modo que los datos ingleses lo fueron en el tomo primero de *El Capital* para los países de capitalismo industrial".<sup>18</sup>

Según mi opinión, existen dos textos notables en su producción sobre Rusia. Uno de ellos es su carta a la revista *Anales de la Patria* escrita a fines de 1877. El segundo es la carta a Vera Sazúlich y los borradores de la misma, escritos en 1881. El valor de estos textos radica en la ruptura teórica y metodológica que ellos muestran en relación con los fundamentos

18. Boris Nicolaievski. "Marx y el Problema Ruso", en K. Marx y F. Engels. **Escritos sobre Rusia: II El Porvenir de la Comuna Rusa**. Cuadernos de Pasado y Presente (90). México 1980. Págs. 9-17.

de su anterior concepción eurocéntrica y con lo que, hasta ahora, se sigue considerando por muchos como “el marxismo”. Como es fácil prever, de esa ruptura se desprende otras relacionadas con su evaluación del desarrollo histórico.

Analicemos brevemente la transformación teórica.

En su carta a “Anales de la Patria” Marx critica sardónicamente a un intérprete suyo que “a todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren, para plasmarse por fin en aquella formación económica..”<sup>19</sup> En este sentido Marx, en su carta posterior a Vera Sazúlich se apoya en la versión francesa de *El Capital* para reafirmar: “La ‘fatalidad histórica’ de este movimiento está, pues *expresamente* restringida a los *países de Europa Occidental*”.<sup>20</sup> (La cursiva es del original). Marx ciertamente olvida otros pasajes más ambiguos de *El Capital* tales como: “Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el

19. K. Marx. “Carta a la Redacción de *Otiéchestviennie Zapiski*”. En K. Marx y F. Engels. Ob. Cit. Págs. 62-65.

20. “Karl Marx a Vera Sazúlich” en K. Marx y F. Engels. Ob. Cit. Págs. 60-61.

espejo de su propio porvenir”<sup>21</sup> y también aquél del *Manifiesto*... en que afirma “Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a *todas las naciones*, hasta las más bárbaras... obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: *se forma un mundo a su imagen y semejanza*”. (La cursiva es nuestra).

Las consecuencias más notables de este cambio son, según mi opinión, las siguientes: a) redefiniendo la cobertura de la realidad analizada se relativiza también el valor de su teoría, la cual inevitablemente concluye señalando las acotadas condiciones de su pertinencia y/o aplicación; b) el conjunto organizado de enunciados, proposiciones o hipótesis que constituyen la teoría de Marx, en tanto construido para dar cuenta y explicar un cuerpo de fenómenos históricamente determinados (y por ello específicos), no pueden ser empleados con solvencia explicativa en el análisis de procesos histórico-sociales diferentes. Los grados de solvencia relativa del pensamiento de Marx entonces dependerán de los grados de parentesco entre los conjuntos de fenómenos histórico-sociales estu-

21. K. Marx. *El Capital*. Prólogo a la primera edición. Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires. 1946. Pág. XIV.

diados; c) emplear los conceptos y categorías de Marx en relación con realidades distintas a aquella en la cual y para la cual se forjó, conduce a perder la identidad significativa de su teoría, es decir, a resignificarla, multisignificarla o indiferenciarla; d) la condición de desarrollo de la teoría marxista, en el marco de distintas realidades socio-históricas, implica entonces la construcción de cuerpos teóricos distintos a la teoría del Marx eurocéntrico y *diferentes entre sí*; e) en consecuencia el marxismo no se “reproduce” teóricamente ni se “aplica” metodológicamente. Identificar a estos distintos cuerpos teóricos con el nombre genérico de “marxismo” o de “teoría marxista” *puede* significar en este sentido, realizar la ambigua operación de identificar con un nombre el movimiento histórico interno de las ciencias histórico-sociales... en fin.

La liquidación, por el propio Marx, de su antigua concepción eurocéntrica lo conduce a proponer una orientación metodológica general que no puede identificarse con lo que comúnmente se entiende como “la metodología marxista”. En efecto, en relación con el distinto curso histórico del proceso que separa a los campesinos de sus medios de producción y sustento, afirma: “He aquí, pues, dos clases de acontecimientos que, aun presentando palmaria *analogía*, se desarrollan en diferentes medios históricos y conducen, por tanto, a resultados completamente distintos. Estudiando *cada uno de estos proce-*

sos históricos por separado y comparándolos luego entre sí, encontraremos fácilmente la clave para explicar estos fenómenos, resultado que jamás lograríamos, en cambio, con la clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una *teoría suprahistórica*". (La cursiva es nuestra).<sup>22</sup> Al leer este texto, conviene reparar en lo siguiente: a) Marx parte del reconocimiento del carácter histórico-concreto de los fenómenos, lo que equivale a reconocer su especificidad, es decir, su singularidad. Por ello entre dos clases de fenómenos emparentados por ciertas características externamente comunes sólo pueden establecerse relaciones analógicas; b) por tanto, el estudio de cada clase de fenómenos debe remitirse a sus distintas y privativas condiciones históricas de origen y desarrollo, precaución metodológica que por basarse en el respeto de la especificidad del sentido de los fenómenos históricos, permite fundamentar el carácter también específico, es decir, relativo, de las explicaciones teóricas de los mismos. Si fenómenos distintos originan resultados "completamente distintos" entonces, por la misma razón, sus marcos teóricos lo serán; c) lo señalado conduce a Marx a estimar que la explicación de los procesos históricos y, por tanto, la posibilidad de fundar una teoría más general de los mismos

22. Ver K. Marx. "Carta a la..." Pág. 65.

se basa en el método de la comparación, método que invalida toda posibilidad de construir una teoría general a partir de la generalización de una teoría específica; d) precisamente porque ello es así es que ninguna teoría, generalizada a partir de un específico complejo de fenómenos históricos sociales, podrá “jamás” explicar complejos socio-históricos alternativos. Una teoría que pretenda ese objetivo es, entonces, “suprahistórica”.

Si nos hemos detenido en estos textos, no sólo es porque en ellos Marx está invalidando los usos más frecuentes de su obra en América Latina, sino porque ellos fundamentan la necesidad teórica y práctica de la *heterodoxia*, como forma constitutiva de la continuidad de sentido de su pensamiento. En otros términos, cuando Marx renuncia a la posibilidad de generalizar sus planteamientos a realidades socio-históricas diferentes y reclama para éstas la construcción de teorías y métodos distintos al suyo, el sentido de su pensamiento adquiere una nueva modalidad de existencia, ininteligible desde la perspectiva de los marxismos al uso. El reconocimiento implícito de la inevitable caducidad histórica de sus planteamientos forma parte del mismo movimiento por el cual su pensamiento se sumerge en la historia y reaparece como momento del desarrollo teórico de ésta. Por tanto, la identidad de los “marxismos” históricos no se instituye en relación con no importa cuál conjunto de enunciados de la obra de Marx,

sino en la producción de conocimientos y prácticas transformadoras originales que tienen el estigma de la especificidad histórica de la realidad que enfrentan. Era inevitable, por tanto, que Marx no se reconociera "marxista".<sup>23</sup>

La transformación de su concepción lleva a Marx a percibir de un modo diferente diversos problemas de crítica importancia teórica de los cuales haremos, a continuación, una revisión sumaria.

23. ¿Cuáles son las consecuencias de este enfoque en relación con la denominada "crisis del marxismo"?

Nosotros desprendemos las siguientes:

1. Lo que hemos nombrado como la segunda concepción de Marx implica la previsión de su eventual caducidad descriptiva, explicativa y predictiva para Europa en la medida que fuera alterándose la realidad histórica para y en relación con la cual se forjó. En la medida en que dicha modificación ocurriera, como ocurrió, comenzaría a revelarse necesariamente la limitación histórica de sus conceptos o su inadecuación para la comprensión de los nuevos fenómenos.

Ello no significa que su teoría devenga "falsa". Creerlo implicaría abandonar uno de los criterios básicos a emplear en la definición de la "verdad" o "falsedad" de los conceptos: el criterio histórico. Siendo **probablemente** "verdadera" para la realidad de su tiempo, su teoría necesariamente deviene insuficiente (no "falsa") para los nuevos complejos de fenómenos característicos del desarrollo capitalista monopólico. Por ello, desde hace dos décadas se "descubre" la ausencia o insuficiencia en Marx de una teoría del Estado, de la democracia, de la cultura, de la nación o las limitaciones de su teoría sobre las clases, la clase obrera, la relación entre economía y política, etc. Lo que quiero decir, entonces, es que esta es una crisis inherente y prevista dentro de la propia teoría de Marx.

2. Esta misma concepción admite que ella puede ser ineficaz, y en el límite, irrelevante para el análisis de procesos sociales o complejos histórico-sociales distintos a aquellos en relación con los cuales se desarrolló.

3. Lo anterior conduce a atribuir a los actuales marxistas, y no a Marx, la responsabilidad de los probables fracasos de la teoría marxista en el análisis de la acción

Marx advierte la multilinealidad del desarrollo histórico, no ya en relación exclusiva con el pasaje de las sociedades más arcaicas al esclavismo o feudalismo, sino ahora en relación con el pasaje al capitalismo y socialismo en sociedades distintas a la europeo-occidental.

En efecto, Marx percibe que la separación de los medios de producción del control campesino sólo conduce al capitalismo en las sociedades occidentales donde la relación original

sobre la realidad. ¿Por qué? Porque el marxismo, como hemos señalado, no se reproduce ni se aplica sino que se regenera y desarrolla en contacto con fenómenos socio-históricos específicos. Es en este intercambio que se crean y recrean nuevos y distintos conceptos y métodos.

En este sentido, debería invertirse el camino seguido por el pensamiento marxista latinoamericano que en la búsqueda de la raíz de los desencuentros del marxismo oficial con América Latina, emprendió el camino de retorno al pasado atribuyendo la responsabilidad a la internacional comunista, a la segunda internacional socialdemócrata, para concluir en Marx. Lo que hemos denominado aquí el segundo Marx, sin embargo, reenvía el problema al presente y a la responsabilidad intelectual de los marxistas latinoamericanos de hoy. Es en este sentido, según mi opinión, que el estudio de Aricó adquiere plenamente su verdadero valor.

4. Me temo que todos (marxistas y no marxistas) seguiremos perdiendo en los próximos años si se sigue pensando y discutiendo la crisis del pensamiento de Marx sin ninguna referencia directa a los fenómenos nacionales histórico-concretos y sin ninguna inserción comprometida con los reales movimientos de transformación de nuestras sociedades.

La discusión de la crisis del marxismo se está convirtiendo en un sustituto funcional de la socializada incapacidad para pensar y actuar de un modo creativo e independiente en nuestros propios países. (Para el lector en español interesado en la evolución de la discusión acerca de la crisis del marxismo, recomiendo la lectura de los 10 volúmenes publicados por la colección filosófica de la Universidad Autónoma de Puebla, la revista *Dialéctica* de la misma universidad así como de las revistas españolas *Zona Nueva* y *El Viejo Topo*).

era la propiedad privada personal. Pero, afirma, ese proceso no tenía por qué concluir necesariamente en el capitalismo en sociedades, como la rusa, en la cual la relación original era la propiedad colectiva. Ello lo conduce a considerar la evitabilidad histórica del sistema capitalista en Rusia y por tanto a percibir la posibilidad del pasaje directo de las sociedades campesinas tradicionales al socialismo. Dicho pasaje, asociado por el segundo Marx con el desarrollo industrial, significa entonces aceptar la posibilidad de un proceso de industrialización no capitalista. Pero la consideración de tal camino implica, a su turno, basar el cambio (principal pero no exclusivamente) en el desarrollo de la comunidad rural. Reconocer este hecho, obliga a Marx a modificar su concepción sobre la comunidad la que ahora revela potencialidades antes inadvertidas cuando no claramente desdeñadas en sus primeras obras. En efecto, califica ahora como "vitalidad natural", lo que en el caso de la India percibió como reproducción bárbara o primitiva del modo de vida "natural". Luego de haber señalado como necesaria la irrupción extranjera y la ruptura occidental de la comunidad primitiva en la India, celebra ahora que en Rusia se haya conservado la comunidad en "una escala nacional" y que ella "No (sea) la presa de un conquistador extranjero como en las Indias Orientales". Lo que en la India percibió como la base del despotismo asiático (el aislamiento de las comunidades)

es ahora un problema de fácil solución: “Hoy es un obstáculo de fácil eliminación. Habría que poner simplemente en lugar de la Volost, instituto oficial, una asamblea de campesinos escogidos por las mismas comunas y que sirviera de órgano económico y administrativo de sus intereses”. Igualmente, rechaza ahora “el arrendamiento capitalista a la inglesa” no sólo porque a ella “se oponen todas las condiciones rurales del país” sino también porque los ingleses en las indias orientales “sólo lograron estropear la agricultura indígena y redoblar el número y la intensidad de las hambrunas”.

En relación con el desarrollo de las comunidades rusas, Marx advierte la posibilidad de “incorporar las adquisiciones positivas logradas por el sistema capitalista sin pasar por sus horcas caudinas”. Se refiere con ello al cambio técnico de las condiciones de trabajo, la industrialización de sus actividades y a la operación en gran escala. Para potenciar este proceso de desarrollo, Marx sostiene la necesidad de reforzar el principio colectivo sobre el principio privado-parcelario en la gestión y acelerar la cooperativización comunal. Sobre tales transformaciones Marx da cuenta de la posibilidad histórica de hacer de las comunidades la “base del renacimiento social de Rusia” o el principio de su “regeneración social”. Por ello, finalmente, aconseja: “Si la revolución se efectúa en el momento oportuno, si concentra todas sus fuerzas ( si la parte inteligente de la sociedad rusa ) ( si

la inteligencia rusa concentra todas las fuerzas vivas del país) en asegurar el libre desenvolvimiento de la comuna rural, ésta se revelará pronto un elemento regenerador de la sociedad rusa y un elemento de superioridad sobre los países subyugados por el régimen capitalista”.

Si nos hemos detenido en el enfoque de Marx sobre las comunidades campesinas no sólo es porque ello nos permitirá más adelante comprobar la extraordinaria similitud que tiene con aquél desarrollado por José Carlos Mariátegui (quien no tuvo acceso a los textos sobre Rusia y se empeñaba en formular una perspectiva marxista para una sociedad principalmente campesina como era la peruana de los años 20) sino también por las bases que ofrece para el estudio del desarrollo en los países andinos.<sup>24</sup>

En efecto, a estas alturas Marx reflexiona sobre el desarrollo *a partir* de la realidad de sociedades campesinas como Rusia y no desde la perspectiva de un proceso que se impulsa y organiza exógenamente desde el occidente capitalista. Ello le permite centrar su interés en la manera cómo se configuran históricamente tales sociedades y el peso que en ellas tienen instituciones que, como la comunidad, articulan tradiciones culturales, modos de producción y sis-

24. Las citas anteriores han sido tomadas de los distintos borradores de la carta a Vera Sazúlich, contenido en el libro: K. Marx. “Escritos sobre Rusia. II El Porvenir...” Págs. 31-59.

temas de vida drásticamente distintos a los de occidente. Esta perspectiva endógena del desarrollo le permite ahora desarticular la relación industrialización-capitalismo y descubrir que la industrialización puede realizarse por una vía no capitalista. A su vez, ello lo conduce a identificar, entre otros, un sujeto campesino y colectivo como uno de los ejes del proceso de industrialización obviamente distinto a aquél burgués y privatista de occidente. En esa perspectiva, Marx propone mecanismos e instituciones autogestoras como las asambleas de delegados de las comunas campesinas, las que aparecen siendo órganos económicos y administrativos del desarrollo. Por tanto, la autogestión, que en sus primeros escritos se situaba como estación "final" del desarrollo en occidente, se instala como un instrumento actual del desarrollo de las sociedades campesinas. Pero este enfoque hace a Marx igualmente consciente de la crítica importancia política de la relación entre los intelectuales y los campesinos, relación inevitablemente extraña en occidente. Como se observa, un cambio en el enfoque sobre el desarrollo va de la mano con cambios en la manera de plantear el socialismo y en la visión de los sujetos políticos de éste. Sin embargo, los textos sobre Rusia no nos entregan sino indicios sobre la manera de plantear el problema de la nación.

Ahora bien, esta perspectiva fue desconocida en América Latina y los primeros grupos mar-

xistas al inicio del presente siglo se (de)formaron en el conocimiento exclusivo de la visión eurocéntrica. Ello no sólo los hizo perder el liderazgo popular frente a movimientos que, como los populistas, tenían una perspectiva política endógena, sino que al impedirles una visión más certera de la realidad en la que operaban los inhabilitó por largas décadas como promotores teóricos y prácticos del desarrollo económico, la articulación de la nación y la construcción del socialismo. En la medida en la cual el desarrollo desigual de las sociedades latinoamericanas diferenció su evolución económica y política, un número importante de ellas dejaron progresivamente de ser sociedades campesinas para enrumbarse por un lento y tardío camino de industrialización dependiente, mientras un número cada vez más reducido de aquellas que mantuvieron su estructura agraria tradicional y, dentro de ella, la presencia de comunidades campesinas, vieron cumplirse los temores de Marx y Engels: el “principio privatista y parcelario” se hizo cada vez poderoso que el “principio comunero-cooperativo” y las antiguas comunidades comenzaron a ser erosionadas por los enclaves mineros o agrarios imperialistas o envueltas por los intercambios comerciales impulsados desde las ciudades.

Al señalar lo anterior no sólo estamos constatando cómo el enfoque eurocéntrico inhabilitó a generaciones marxistas para interferir eficazmente en el proceso de constitución y desa-

rollo de la dependencia en América Latina sino también cómo el desarrollo del continente fue modificando las condiciones dentro de las cuales se revela la utilidad de la segunda perspectiva de Marx. No estamos diciendo con ello que ésta se haya tornado infértil o inadecuada. Ella sigue siendo de una extraordinaria riqueza pero a condición de percibirla como una perspectiva inicial e incompleta que no sólo precisa desarrollarse sino, lo que es más importante, recrearse.

Lo que queremos decir, al final de cuentas, es que Marx no le resuelve a nadie la tarea de formular teórica y prácticamente los problemas vinculados al desarrollo, la construcción de la nación y la promoción del socialismo tal y como se presentan en la América Latina de hoy. Y aunque esto parezca extraño, ésta parece ser la mejor manera de entender el legado teórico de Marx.

de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la

de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la

de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la

de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la  
 de la ley de 19 de febrero de 1900, que se refiere a la

### III

## **Acerca del surgimiento del marxismo Latinoamericano y de las perspectivas de Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui sobre el desarrollo, la nación y el socialismo en América Latina**

El propósito de esta sección es mostrar cómo surge el marxismo latinoamericano al abrigo de una postura teórica que invierte el sentido del análisis marxista tradicional, al reflexionar sobre Marx desde América Latina y cómo se desarrolla, en oposición real, con los enunciados que sobre el desarrollo, la nación y el socialismo se desprenden del "Marx eurocéntrico". Trataremos de evidenciar cómo Haya de la Torre y Mariátegui formulan la primera concepción marxista latinoamericana sobre estos problemas y la utilidad de su enfoque para la construcción de otro, más complejo y contemporáneo, que se constituye en la crucial tarea del presente. En vista de la indeseada y tal vez inevitable extensión del texto y pensan-

do en el conocimiento del lector sobre las obras de Haya y Mariátegui, trataremos de economizar en lo posible las referencias directas a sus obras. Deseamos finalmente, advertir que nuestro análisis cubre el período 1920-1930 de modo que los juicios sobre Haya no hacen referencia a sus escritos ni a su comportamiento posteriores.<sup>25</sup>

### *La concepción común*

La visión eurocéntrica de América Latina se enraizó en las vanguardias políticas de nuestro continente a partir de dos vertientes del pensamiento marxista: una, más temprana, ligada a la segunda internacional; la otra, posterior, al movimiento comunista organizado en la Tercera Internacional. Pero, dos intelectuales y políticos latinoamericanos, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, en la década del 20, ensayaron pensar el marxismo desde América Latina. Los planteamientos heterodoxos surgidos de ese empeño los condujeron a discrepar sustantivamente de la visión y práctica de ambas corrientes y muy tempranamente sus enfoques fueron extrañados del cuerpo ideológico del marxismo oficial.

Si entiendo bien, en la fundación del "marxismo latinoamericano" por Mariátegui y Haya

25. Lo que sigue a continuación es una interpretación de los textos de Mariátegui y Haya escritos entre 1923 y 1930.

se encuentran dos ideas-fuerza cuya complementaridad me parece evidente: 1. La conciencia del carácter *original* de la realidad latinoamericana; 2. La percepción del marxismo como *un instrumento* de conocimiento y transformación de la sociedad.

La primera de ellas se expresó, entre otras, en la determinación de cinco clases de diferencias entre América Latina y Europa:

1. La pauta histórica del desarrollo latinoamericano rechazaba su comprensión a través del modelo unilineal de sucesión de modos de producción predicados para Europa. Ello era así no sólo porque ambos asumieron que el desarrollo de las autocentradas sociedades indígenas originales fue *interferido* por la conquista y el sistema colonial sino porque conjeturaron un modelo multilineal de desarrollo histórico. Esta conjetura, mucho más clara en Mariátegui, es explicable a partir de una matriz conceptual influida por el relativismo y la creencia en la existencia de plurales centros de iniciativa y desarrollo histórico.

2. A diferencia de Europa, América Latina no podía ser analizada a partir de un modo de producción central (capitalista para el caso de Marx y Europa). La especificidad del continente y, más precisamente, de las sociedades andinas, radicaba en la coexistencia de distintos modos de producción cuya histórica articulación se constituyó en su común objeto de estudio.

3. Ni las naciones ni el continente presentaban un principio organizador interno a sus sociedades que fundara su consistencia frente al exterior, como era el caso de las más adelantadas naciones de Europa. La invertebración nacional y continental se expresaba en la ausencia de un "principio técnico-racional" que articulara la producción; en la inexistencia de un "principio jerárquico-salarial" que uniformara la relación entre los grupos productores; en la carencia de una tradición histórico-cultural común a los grupos étnicos; en la evanescencia de un "principio político-estatal" que lograra, desde las alturas, lo que la producción, la relación social, la historia y la cultura no habían construido. En remplazo de este principio interno, las sociedades latinoamericanas eran crecientemente organizadas por un principio exterior, ajeno a su control, que las constituían como "países de reflejo". En otras palabras, para Haya y Mariátegui, una característica original de las naciones latinoamericanas, frente a las europeas, era su "dependencia".

4. La originalidad del "paisaje social" latinoamericano que, a diferencia del europeo, se caracterizaba por:

a) La débil, y en otros casos inexistente, articulación entre las comunidades agrarias de autoconsumo, los latifundios gobernados por relaciones jerárquico-serviles, las plantaciones mecanizadas con relaciones autoritario-salariales,

los enclaves mineros y petroleros bajo control extranjero, las nascentes empresas manufactureras, el vasto conjunto de productores independientes, el creciente sector terciario. En lugar de un espacio económico nacional para los intercambios económico-financieros, las sociedades de origen indígena mostraban la desarticulación de mercados locales y segmentarios. En este sentido, los enclaves mineros, agrarios y los latifundios, centros mayores de las economías andinas, ejes del desarrollo hacia afuera y bases del poder extranjero y terrateniente, reforzaban el arcaísmo de la estructura económica al no ser capaces de fundar una demanda ampliada y un mercado nacional.

b) El desarrollo desigual, las disparidades regionales y locales, las distintas tradiciones históricas, los diferentes ritmos de crecimiento técnico, el estancamiento autárquico de las comunidades campesinas, los extensos espacios vacíos y las variantes étnico-culturales generaban condiciones de vida, cultura y trabajo radicalmente heterogéneas en relación con las que prevalecían en Europa.

c) La extraordinariamente diversificada gama de grupos sociales incluidos en heterogéneos modos de producción a los cuales les eran inherentes distintos criterios y escalas de distribución del poder, los recursos, el prestigio, los conocimientos y, lo que es tan importante como lo anterior, las identidades étnico-cultura-

les. Con ello lo que queremos decir es que los grupos sociales se instituían pluralmente, con frecuencia de modo *concurrente*, pero pocas veces de forma *recíproca*. Es evidente, en este sentido, que la ausencia de un modo generalizado de producción y reproducción de la vida (existente sí en Europa) tornaba difícil el levantamiento de un patrón común de referencia, comparación y diferenciación, condición inexcusable para el surgimiento no sólo de una conciencia nacional que ligara a los grupos sociales entre sí, sino también para la conversión de éstos en “clases sociales”.

d) La crítica parcelación de las conciencias y de los conflictos por el poder si los comparamos con el patrón europeo de la época. La coexistencia de movimientos indígenas milenaristas, rebeliones antilatifundistas, movilizaciones bajo el mando de caciques políticos locales, demandas regionalistas y anticeutralistas dirigidas por los señores de la tierra, reclamos por el salario y/o la determinación de las jornadas de trabajo, protestas localmente circunscritas contra la presencia de empresas extranjeras, levantamientos contra “el fisco”, etc. eran otras tantas expresiones, en el plano del movimiento político, de la heterogeneidad de las condiciones de vida, intereses y conciencia de los grupos sociales. El contenido, estilo y cobertura de la conciencia social y los impulsos y conflictos sociopolíticos, eran entonces inasimilables a los europeos.

5. El proceso económico y político latinoamericano no se desarrollaba dentro del marco de Estados nacionales independientes, como en Europa, ni dentro de sistemas coloniales, como era el caso de Asia o Africa, sino al interior de Estados independientes.

Por su historia, sus modos de producción, la inexistencia de un principio organizador interno, su fenomenología sociopolítica y el carácter de sus Estados, América Latina (pero más específicamente las sociedades andinas), era, entonces, una realidad "original".

### *El marxismo como método*

El reconocimiento de la originalidad de las sociedades andinas, uno de los cuatro sectores en que Haya clasificaba los países latinoamericanos, lo condujo, y con él a Mariátegui, a definir creativamente su relación con el marxismo. Este no apareció ante ellos como una concepción ideológica ni como una teoría cerrada sino más bien como un método de conocimiento y transformación de la sociedad. Es por ello que, en el plano de la teoría, Haya no experimentó ningún problema en asociar el marxismo con el relativismo histórico mientras Mariátegui lo hacía con el anarquismo de Proudhom, el historicismo de Croce, el vitalismo bersonianiano, el psicoanálisis freudiano para aludirse, finalmente, como "un marxista insuficientemente ortodoxo". Como reiteradamente lo afir-

maron, el marxismo era para ellos un instrumento, pero no cualquier instrumento. Este, por adecuarse a las demandas de una realidad distinta en relación con aquella con la que se forjó originalmente y por expresar una concepción teórica heterodoxa, tendía a ser lo que los tecnólogos ecologistas llaman ahora una “tecnología dulce”, un instrumental discreto, el nombre de una cierta flexibilidad intelectual. Ya el 27, en su mensaje al segundo congreso obrero en Lima, Mariátegui afirmaba: “El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y, sobre todo comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos, y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades”. Haya, a su vez, el 28 concluía: “La doctrina del Apra significa, dentro del marxismo, una nueva y metódica confrontación de la realidad indoamericana con las tesis que Marx postulara para Europa, y como resultado de la realidad europea que él vivió y estudió, a mediados del siglo pasado. Si aceptamos que Europa y América están muy lejos de ser idénticas por su geografía, por su his-

toria y por sus presentes condiciones económicas y sociales, es imperativo reconocer que la aplicación global y simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea, debe estar sujeta a profundas modificaciones. He aquí el sentido, la dirección, el contenido doctrinario del Apra: dentro de la línea dialéctica del marxismo interpreta la realidad indoamericana. En lo que la interpretación de una realidad nueva, característica, complicada como es la nuestra, tenga que negar o modificar los preceptos que se creyeron universales y eternos, se cumplirá la ley de las contradicciones del devenir: la continuidad condicionada por la negación”.

En este sentido, como se verá más adelante, ellos parecieron adherir a la idea que expresara no hace mucho Touraine cuando sostenía la necesidad de que los instrumentos de análisis se redefinieran cuando se pasa del estudio de las sociedades dominantes al de las sociedades dependientes.<sup>26</sup> Este enfoque de la metodología marxista equivalía a resignificarla y, por ello, a *fundarla*. Se trataba por tanto de producir el marxismo (para usar una expresión feliz de R. Paris)<sup>27</sup> en contacto con una realidad

26. Ver A. Touraine: “Las Sociedades Dependientes: Ensayos sobre América Latina”. Ed. Siglo XXI. México, 1978. Pág. 45.

27. R. Paris: “Mariátegui y Gramsci: algunos prolegómenos para un estudio contrastativo de la difusión del marxismo - sinopsis” (mimeo). Artículo presentado al Seminario sobre “Mariátegui y la Revolución Latinoamericana” realizado en Sinaloa, México.

original y no de reproducirlo, como era el caso de los socialistas latinoamericanos de la segunda o de los dirigentes del Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Como es obvio, el uso de *este* instrumental metodológico, por aplicarse a una realidad distinta a la europea, los condujo a negar las conclusiones que se elaboraron a partir de ésta. Por esta razón, Haya afirmó que el Apra era precisamente marxista por negar dialécticamente el “marxismo” y, por ello mismo, el marxismo de Mariátegui lo condujo a discrepar sustantivamente de las más importantes conclusiones formuladas por el Buró Sudamericano a partir de la aplicación del “método marxista” (entendido como “tecnología dura”) a la realidad latinoamericana.

### *La relación con los “paradigmas” de Marx*

Ahora bien, es preciso situar el pensamiento de Haya y Mariátegui en relación con los dos paradigmas interpretativos de Marx respecto al mundo oriental. Es evidente que ni uno ni otro conocieron las obras de Marx a través de las cuales se expresa el segundo momento de su pensamiento, aquél en que “la historia se descentra” y que sólo accedieron parcialmente a los libros en que el pensamiento de aquél sigue atado al paradigma eurocéntrico. Sin embargo, una lectura atenta de sus textos del 20-30 indica su ubicación en la perspectiva del segundo Marx. Creo, en este sentido, que cualquier lector con ánimo desprejuiciado observa-

rá la relativa identidad de sus puntos de vista con aquellos señalados en la Sección I de este artículo: el rechazo del modelo capitalista europeo como prefiguración y espejo del desarrollo de las sociedades orientales; el reconocimiento de la conflictiva interdependencia entre occidente y oriente; el carácter nacional de los movimientos independentistas; la valoración del campesinado y los intelectuales; el papel de la comunidad agraria en la determinación del cambio social, etc. Ciertamente ambos difirieron en sus grados de libertad con respecto al paradigma eurocéntrico de Marx, pues, mientras Haya intentaba una negación simétrica del mismo ( recordemos sus citas frecuentes a los escritos de Marx sobre la India y aquellas, más amplias, a Engels ), Mariátegui no pareció experimentar la necesidad de elaborar su discurso en contienda con aquél ( situación condicionada también por lo que, creo, fue su menor contacto comparativo con los textos de Marx y por su entrelazamiento con la cultura italiana de la época ). Estas diferencias en sus relaciones con Marx terminaron expresándose en sus distintos caminos entre el 28 y el 30. Pero lo que quiero indicar aquí es que la relativa identidad de sus puntos de vista con los del segundo Marx, al no mediar el conocimiento de las obras en que éste los expresa, da cuenta de un proceso *creativo e intelectualmente independiente* de formulación teórica. Reafirmando la autonomía intelectual como condición necesaria ( aunque no su-

ficiente) para avanzar en el conocimiento de la realidad y en la elaboración teórica (idea cuya aceptación entre los marxistas latinoamericanos es de reciente data), Mariátegui y Haya estuvieron en condiciones de fundar una aproximación inquisitiva y elaborar un interrogatorio consistente a la realidad latinoamericana que se expresó en la construcción de una primera teoría marxista de la dependencia, cuya calidad es, por lo menos para mí, claramente superior a otros intentos realizados en el Tercer Mundo en la misma época.

### *La autodeterminación histórica*

Pero, ¿cuál fue la temática central de la reflexión de Haya y Mariátegui?

Ella fue la autodeterminación histórica de las sociedades andinas. Por tal entiendo la recuperación de la capacidad de las naciones con tradición indígena y, en general, del continente para radicar en su interior las decisiones centrales a través de las cuales se procesa el desarrollo de sus identidades. Como veremos más adelante, ello planteaba la necesidad de analizar un conjunto de temáticas internas al tema central: perfil del proceso de desarrollo, la vinculación entre la construcción de la nación y del socialismo, la concepción del imperialismo y del tipo de dependencia latinoamericana, la constitución de los sujetos sociopolíti-

cos, la modalidad de su organización política, el tipo de Estado a construir, etc., etc.

Es interesante, en este sentido, recordar la concepción de Haya acerca del imperialismo y su papel en la definición de la dependencia económica y política. Es evidente para mí, que ella se constituye en oposición simétrica tanto a la expresada por Marx en sus famosos escritos sobre la India como a la de Lenin. Su definición del imperialismo se organiza a partir de los efectos que genera su presencia en "indoamérica". Aceptando que, desde Europa y los Estados Unidos, él es la última etapa del desarrollo capitalista Haya afirma que, mirado desde latinoamérica, el imperialismo es la primera etapa del capitalismo. En tal sentido, las pequeñas industrias manufactureras de carácter casi artesanal surgidas anteriormente, son calificadas como un esbozo de industrialización de dificultoso desarrollo no sólo por el contexto tradicional en que operaban sino por la posterior competencia de la manufactura extranjera y la radicación de la inversión externa. El efecto del imperialismo en el desarrollo económico es doble, pues mientras por un lado, inicia la industrialización por la maquinaria, procesos tecnológicos, división especializada del trabajo, conversión del campesino en obrero, incremento de los ingresos, generación del sindicalismo moderno, etc., que introduce en la economía nacional, por otro lado, detiene el desarrollo de una burguesía nacional, abate al pequeño y me-

diano comercio, refeudaliza el campo, destruye las comunidades campesinas vecinas y se apropia del control de las condiciones del proceso de industrialización. Se constituye así la teoría de la doble faz, positiva y negativa, del imperialismo. Ello, si lo observamos bien, es la traslación a su visión del imperialismo de la doble misión —civilizadora y destructiva— que Marx atribuyó a la presencia inglesa en la India. Y como en el caso de Marx, Haya define el carácter “positivo” del imperialismo en “indoamérica” a partir de una comparación con los sistemas técnicos de producción anteriores y presentes en la sociedad tradicional. Sin embargo, al definir el carácter “negativo” de aquél se aparta sustantivamente del enfoque de Marx en dos sentidos: en primer lugar, al definirlo en un sentido distinto en relación con el pasado; en segundo lugar, al analizar la naturaleza de su influencia en el proceso de desarrollo futuro. Veamos. A diferencia de Marx, Haya no califica en términos morales la penetración imperialista, es decir, no la juzga principalmente en relación con la calidad de los métodos empleados, o con la destrucción de las formas originales de vida y los infortunios personales o sociales que genera. Más bien, su crítica la orienta a la cancelación que comporta de un modo de industrialización nacional alternativo y a la formación de una burguesía nacional. Pero las diferencias con Marx son mucho más importantes en el segundo sentido. En efecto,

mientras éste asociaba la presencia británica con la implantación de las bases de la civilización industrial en Oriente, el surgimiento del proletariado fabril y el desarrollo económico vía la articulación de la economía hindú con la economía capitalista mundial, Haya sostiene exactamente lo contrario para América Latina. Su razonamiento, en este sentido, puede ser visto como el primer enfoque sobre el proceso de industrialización dependiente en América Latina. El mismo se desarrolla del siguiente modo: a) la producción de los enclaves no es "casi nunca industrial" (en el sentido de transformadora) sino extractiva de materias primas; b) dichas empresas son subalternas de la gran industria de los países desarrollados; c) la primera etapa del capitalismo (imperialismo) "no construye la máquina", ni forja el acero, ni fabrica los instrumentos menores de producción. Una y otras, así como las manufacturas, son importadas del exterior. El desarrollo industrial sigue la orientación definida por el interés de los inversionistas y esa orientación es definida en las casas matrices del extranjero. Por ello, la primera etapa de la industrialización es lenta e incompleta; d) la maquinaria y las manufacturas importadas copan el mercado y la competencia en éste es cancelada por el monopolio extranjero; e) el desarrollo de "la industria pesada", originada en Europa y los Estados Unidos por la demanda interna y la integración de las ramas productivas no se re-

produce en América Latina precisamente por la ausencia de estas condiciones; f) el proceso de industrialización, entonces, no se generaliza al resto de la economía sino que refuerza su arcaísmo; g) por lo tanto, tampoco extiende el proletariado industrial y el que genera está lastrado en su capacidad de desarrollo por la baja calidad de los procedimientos técnicos que emplea y por experimentar su situación como ventajosa (vía la diferencia de sus ingresos) vis a vis de su antigua condición campesina. Como se observa, el enfoque de Haya se encuentra en las antípodas del "primer Marx".

El pensamiento de Mariátegui sobre el particular es menos preciso por el carácter elaborativo de su formulación, la tensión generada por el conflicto simultáneo con Haya y el buró sudamericano de la Tercera Internacional y la necesidad de diferenciar su posición.

Luego de describir el progresivo desplazamiento del poder británico por el norteamericano y la incursión del capital extranjero en la minería, el petróleo, las plantaciones azucareras, el comercio y las finanzas, Mariátegui observa el entrelazamiento dependiente de la economía peruana respecto a la norteamericana, vía el incremento de las exportaciones, importaciones y el endeudamiento público. En el Perú, el desarrollo capitalista interno había surgido lastrado en sus posibilidades por

la carencia de “una clase burguesa capaz de organizar un Estado fuerte y apto”, su enlace con la aristocracia de la tierra, el poder del latifundismo, el control bancario por los terratenientes y la finanza extranjera y la ausencia en ella de toda aptitud empresarial.

El imperialismo, sin embargo, cumple una función modernizadora vis a vis del latifundio al incrementar la productividad, los procedimientos técnicos y los salarios en aquellas líneas de producción en las que, por su propio interés, decide invertir. Más aún, en su “Punto de Vista Antimperialista”, al sostener que los objetivos económicos de la inversión imperial son distintos a los de la clase latifundista, Mariátegui llega a admitir que el imperialismo puede eventualmente inclinarse por una democratización de la propiedad agraria y un relativo proceso de industrialización. Sin embargo, en la exposición de la delegación peruana en la reunión de Buenos Aires del 29, concordada previamente con Mariátegui, se sostiene que “bajo ningún concepto creemos que la penetración imperialista sea un factor progresista” y que ella “deforma el proceso capitalista normal”. Desafortunadamente, la desaparición del último libro de Mariátegui nos priva de un elemento fundamental para evaluar la naturaleza de su enfoque. Sin embargo, también en este caso nos encontramos con una visión distinta a la del Marx eurocéntrico.

## *Acerca de la nación*

Mariátegui, pero también Haya, distinguieron el problema de "la nación" del de "las nacionalidades". Mariátegui, en este sentido, se opuso a considerar el problema quechua y aymara como el de nacionalidades oprimidas cuya liberación debía adoptar la forma de Estados independientes, separados del Estado peruano. Por ello, su punto de vista fue contrario al del Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Haya por su parte, criticó acremente la posición comunista.

Ambos reconocieron el contenido étnico-cultural de las reivindicaciones indígenas pero creyeron posible incluirlas dentro de una perspectiva socioeconómica más global para la cual los indios eran definidos, sea como siervos, sea como comuneros, pero siempre como campesinos. De este modo, el contenido étnico-cultural de sus reivindicaciones debía expresarse a través de la lucha contra el latifundismo y por el control de la tierra. En este enfrentamiento, los indígenas revelarían su identidad en el desarrollo de una de sus más antiguas instituciones, la comunidad indígena. Convertir a ésta entonces en el eje de la reorganización del campo implicaba satisfacer simultáneamente la demanda étnico-cultural y clasista del movimiento indígena. En este sentido, Mariátegui y Haya, como Marx en relación con la comuna rusa, afirmaron a la comunidad indígena como base

de la renovación social del Perú. Para ello era preciso, coincidiendo igualmente con Marx, tecnificar sus procedimientos productivos, industrializar sus actividades y modernizarlas como cooperativas agrarias. Mariátegui, con mayor claridad que Haya, vio en la comunidad la expresión de una tradición nacional, en la cual se soportaba internamente la idea socialista proveniente de Europa y consideró preciso fundar en ella la posibilidad de la construcción del sistema socialista en el Perú. Este enfoque, pareció basarse en un análisis de la evolución histórica de la propiedad de la tierra en los países andinos de una notable similitud con aquella que Marx advirtió en Rusia. En efecto, en su Informe sobre el problema de las razas se pregunta “¿cómo podemos explicar, dentro del violento proceso de la conquista, de la formación de “reducciones”, de los cambios vastos y profundos realizados por las “composiciones”, la persistencia de las comunidades?, ¿cuál momento más propicio tuvieron éstas, después, para evolucionar... que los decretos de las nuevas repúblicas, tendientes todos, directamente a la formación de la propiedad privada?”, para concluir “Verdaderamente, no creo que se pueda afirmar que el carácter del colectivismo primitivo ha sido el de evolucionar a la propiedad privada, cuando las comunidades que han seguido siendo atacadas y fragmentadas por todas partes, por un siglo más de explotación burguesa-republicana subsisten en un número

tan grande y asoman su cuerpo vigoroso y siempre joven a los albores de una nueva etapa colectivista”.

Pero siendo el contingente indígena un eje fundamental de la construcción de la nación no era el único. Contra corrientes milenaristas que proclamaban el retorno al incario y la identificación de la nación peruana con el movimiento indio, Mariátegui y Haya se abrieron a la consideración de los grupos criollos y de las variantes mestizas surgidas de la colonia a quienes percibieron como sujetos étnico-culturales portadores parciales de la nación. Y en tal sentido, reconocieron la necesidad de un proceso de convergencias, que respetando la legitimidad de las diversas parcialidades culturales, permitiera forjar una cultura nacional.

La transformación de la clave socio-étnica en una clave socioeconómica como criterio para redefinir el problema nacional los condujo a conceptualizar el proceso histórico de formación de la nación como el producto de la articulación de los sujetos sociales bloqueados en su desarrollo por el imperialismo y la clase latifundista en el poder. Campesinos, obreros, artesanos e intelectuales fueron percibidos entonces como titulares de la nación y portadores del proyecto orientado a la reapropiación colectiva de la capacidad de decisión. Es así como el concepto de la nación estructura su concepción del Estado y su concepción de partido. En el partido y en el Estado deberían encontrarse los su-

jetos de la nación con lo cual uno y otro se convierten en instrumentos de su realización. Pero, ésta, a su vez, sólo es posible a través de un proceso de desarrollo orientado por los mismos intereses que operan en el partido y el Estado. De este modo, pues, la nación se convierte en "la esencia" del partido, del Estado y del desarrollo.

Como se observa, este enfoque de nación sumariamente descrita por otro lado, funda una perspectiva cualitativamente diferente a la que encontramos en cualquiera de las etapas del pensamiento de Marx.

### *El problema del poder, la nación y el socialismo*

El control del Estado por la alianza del imperialismo y el latifundio, articulación a través de la cual el Estado se perdía para la nación y el desarrollo se enajenaba al exterior, planteó a Haya y Mariátegui el problema del poder. Pero plantearse el problema del poder implicaba, en las condiciones del paisaje social latinoamericano, descubrir un principio político organizador de la nación, identificar sus sujetos históricos y construir una forma de organización política de los mismos. Habida cuenta de la heterogeneidad de las condiciones de existencia, la desarticulación de los sujetos sociales, la fragmentación de sus conciencias y la pluralidad de sus impulsos por el cambio, cada uno de ellos percibió la radical incapacidad de

cualquiera de los grupos sociales para vertebrar, por sí mismos, el movimiento nacional contra la dominación extranjera y por el desarrollo independiente. Oponiéndose a la concepción "clasista" y a la tesis de "clase contra clase" de la Tercera, ellos estuvieron de acuerdo hasta fines del 27 en la idea de un movimiento nacional operado por la convergencia política de obreros, campesinos, intelectuales, artesanos y productores nacionales. Cada uno de esos grupos sociales, por su enraizamiento histórico simultáneamente socioeconómico y étnico-cultural, portaba parcialmente la nación y, por tanto, el desarrollo de la identidad nacional se fundaría en un movimiento interclasista basado simultáneamente en la definición de la política como articulación consciente y prospectiva de lo diverso y en la presión por la unidad surgida del activo conflicto con el imperialismo y el latifundismo. La ruptura del Apra el 28, dirigida hasta ese entonces por Haya desde el exterior y por Mariátegui en el interior, dio cuenta de las diferencias en el enfoque de este movimiento. Esas diferencias se expresaron en relación con cuatro temas de crucial importancia: la visión de los grupos sociales, la sede en que se estructura el proceso articulador, la modalidad política y organizativa de la articulación y la relación del movimiento nacional antimperialista con el socialismo.

En relación con el primer problema, Haya dudó sistemáticamente de la capacidad de los su-

jetos sociales para construirse autónomamente como sujetos políticos y decidir voluntariamente su articulación en un movimiento convergente. Su visión del campesinado era tributaria de la despectiva concepción del “primer” Marx para el cual aquél era poco menos que la expresión de la “barbarie”. En este contexto, Haya se apoya, no por azar, en la calificación que Engels hacía de los trabajadores del campo como “máquinas de trabajo, no hombres” para soportar sus propios juicios, que variaban entre la consideración de su “primitivismo” hasta el de su “ignorancia”. La naciente clase obrera se le aparecía como “joven e inexperta”, mientras los pequeños productores industriales carecían de la capacidad para desarrollarse por propia iniciativa. Su juicio respecto a las clases medias era más matizado y a un sector de ella le atribuyó un rol importante en la dirección política del Estado. No es casual entonces que Haya usara el símil del “niño” para caracterizar, en uno de sus primeros libros, la condición de las incipientes clases sociales en sociedades dependientes tradicionales. Mariátegui, en cambio, orientaba su mirada hacia las experiencias campesinas que dieran cuenta de su vitalidad, de su disposición para organizar su defensa o su capacidad para adaptarse flexiblemente al uso de nuevas técnicas productivas. Reconociendo las drásticas limitaciones de la naciente clase obrera, la comparaba favorablemente con las clases obreras asiáticas de los

países coloniales, reconocía su capacidad organizativa, su cultura anarquista y su vocación de autonomía. Y aunque su juicio sobre las "clases medias" las devaluó entre el 28 y 29, reconoció el extraordinario fermento intelectual que las sacude en la década. De esta manera, ambos resuelven de maneras diametralmente distintas el complejo problema que las sociedades campesinas plantean a sus intelectuales y políticos revolucionarios.

La distinta visión de los grupos sociales tuvo vastas consecuencias en las respuestas que Haya y Mariátegui encuentran para los restantes problemas. En efecto, Haya entiende que la sede natural de la articulación es el Estado, el cual se le aparece como la instancia dotada del poder necesario para *imponer* un principio de organización y unificación de las parcialidades sociales. Por tanto, la articulación se produciría en un movimiento descendente y autoritario que le permite al Estado construir la nación. Pero operar este proceso histórico desde las alturas supone resolver el problema de la presencia de los intereses de los grupos sociales en el Estado a través del principio de representación. Y para ello, Haya se justifica teóricamente, sea en los párrafos de "la sagrada familia" en los que Marx y Engels, refiriéndose a los trabajadores rurales, señalan que "ellos no pueden representarse a sí mismos, deben ser representados", sea en los juicios de Engels acerca del joven proletariado francés

de inicios del XIX que lo muestra “aún enteramente inepto para la acción política independiente. . . estamento de la nación oprimida y sufrida, incapaz de ayudarse a sí mismo y que a lo sumo podía recibir auxilio desde arriba, de lo alto”. Precisamente, es esta concepción del Estado como sede necesaria, imprescindible, del principio de articulación política la que funda en el comportamiento de Haya una línea político-militar insurreccional para la captura del poder, expresada inicialmente en el 28, en un primer intento que condiciona su ruptura con Mariátegui, y luego en las numerosas conspiraciones, rebeliones y complots que promueve en los siguientes 15 años.

Mariátegui, en cambio, desarrolla el principio de articulación en otra sede: aquella que imperfectamente llamaríamos “la sociedad civil”. Para ello multiplica la concertación de los intereses de los grupos sociales, promueve el desarrollo autónomo de sus organizaciones, impulsa las relaciones político-culturales y organiza una visión ideológica que resignifica los contenidos comunes de los discursos parciales. Ese comportamiento está asociado a la creencia en las posibilidades de forjar la nación en los actos cotidianos, en las instituciones que constituyen la base de la sociedad y en “el mito”. El movimiento constructivo de la nación es entonces ascendente y se realiza antes y no después del acceso al poder del Estado. Por tanto, la nación no es el fruto de una vanguardia estatal

representativa, sino la expresión necesariamente lenta e imperfecta de plurales sujetos sociales. Esta concepción, expresiva de una veta anarquista forjada por la atmósfera ideológica peruana de comienzos del 20, explica las especiales relaciones que predica en torno al vínculo entre nación y Estado, que no aparece claramente mediado por el principio de representación. Pero explica también el plazo de las estrategias en torno al poder central. Mariátegui se revuelve contra el apresuramiento y las urgencias de cierta vanguardia por una rápida toma del poder pues entiende que ella debe ser la consecuencia madura de un proceso laborioso de convergencias. Precisamente por ello somete a crítica el proyecto insurreccional de Haya y se distancia de éste.

Los efectos de la distinta visión de los grupos sociales se expresó asimismo en la distinta concepción de la organización política. La concepción Hayista del Apra se basaba en la integración de la dinámica plural de las clases y grupos portadores de la nación dentro de los marcos cerrados de un partido sometido a una disciplina jerárquica, autoritaria y vertical. Con ello pretendía resolver el problema de la unidad y diversidad del cuerpo político nacional privilegiando la primera pero a través de una modalidad organizativa que concluía imponiéndola desde arriba. Sus escritos sobre “la jefatura”, la “disciplina” y la despiadada crítica a la que somete al “individualismo” y la preten-

sión de “autonomía” de los intelectuales constituyen, en este sentido, uno de los testimonios más estremecedores de la literatura política de esos años. A través de su concepción de la organización política, Haya creyó posible aprovechar los distintos y contradictorios beneficios que para la acción política irrogaban el partido, el movimiento y el frente al tiempo que minimizaba sus distintos y contradictorios riesgos. En una carta a Mariátegui, Haya afirmaba que el Apra debía ser *simultáneamente* partido, movimiento y frente de clases. Su análisis del carácter de la sociedad peruana lo conducía a considerar la pluralidad de los intereses sociales en términos de un frente o un movimiento con las ventajas democrático-populares que le son inherentes pero también con las limitaciones de los conflictos internos, característicos de los enfoques corporativos o sectoriales existentes en aquellos. La “inmadurez” atribuida al grado de desarrollo y conciencia de dichos grupos pareció inclinar a Haya a identificar pluralidad con división. Por otro lado, su sentido de eficacia política, definida en términos de centralización de las decisiones y ejecutoria rápida y autoritaria de las mismas, lo presionaba por una fórmula leninista de partido. Si a ello agregamos “el demonio del caudillismo” que, según Mariátegui, lo habitaba, entonces comprenderemos el especial carácter organizativo del Apra que Haya imagina entre el 28 y el 30 y que concluiría en las décadas siguientes

colocando en sus manos todos los poderes enajenados de los grupos sociales constitutivos del partido. Como se observa, existe una extraordinaria coherencia entre su concepción de las relaciones entre Estado y nación y las predicadas entre dirección centralizada y pluralidad de las bases sociales, en su concepción del Apra como partido. En cambio, la noción de la organización política en Mariátegui fue claramente distinta. Miembro del Apra hasta el 28, concibió ésta como un movimiento o como un frente de clases que articularía a los distintos grupos sociales portadores del proyecto de constitución de la nación. No existen testimonios acerca de cuál era el tipo de organización institucional real del Apra al que adhería pues, hasta el 28, ella no parecía ser otra cosa que pequeños grupos de estudiantes, intelectuales, artesanos y obreros, unos radicados en el Perú y otros deportados a distintos países latinoamericanos. Pero en todo caso, ella debería ser lo suficientemente abierta como para albergar una tendencia socialista de la cual Mariátegui era el promotor principal. Cuando Haya, unilateralmente y desde México, decide convertir el Apra en partido y orientarlo en una línea insurreccional, Mariátegui se esfuerza, por un tiempo, en persuadirlo de la necesidad de mantener la organización como un movimiento o frente. Cuando sus esfuerzos fracasan decide, junto con sus compañeros, constituir el comité provisional organizador del partido socialista al

cual hace adherir al Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Sin embargo, sus propuestas en torno al partido y sus bases sociales, así como sus enfoques respecto al imperialismo, el problema nacional y otros, son violentamente criticados por el movimiento comunista latinoamericano. Buscando un espacio entre Haya y la Tercera, Mariátegui da cuenta en sus escritos y acciones de los dos últimos años de su vida de la tensión generada por el enfrentamiento. Reclama el carácter marxista-leninista de su partido, diferenciándose así del Apra de Haya, pero envía una carta a la reunión comunista del 29 declarando su marxismo compatible con tendencias filosóficas y culturales, consideradas extrañas al cuerpo teórico marxista por el Buró Sudamericano. Afirma al partido socialista como expresión política de la clase obrera, distanciándose del policlasismo aprista, pero sus delegados en la reunión de Buenos Aires defienden la idea de un partido constituido por obreros, campesinos, intelectuales y artesanos, idea ésta rechazada, de modo irritado, por la dirigencia comunista. Reitera su adhesión a la Tercera Internacional pero se niega a formar un partido "comunista" y aceptar el programa sugerido por aquella. Como se puede rápidamente colegir, estas diferencias expresaban otras más profundas en relación con su concepción del marxismo, el movimiento nacional, la nación, la cuestión indígena y el socialismo. Importa, sin embargo, reparar en dos

hechos importantes: primero, no decide crear el partido socialista por su propia voluntad sino cuando es imposible mantener el Apra como movimiento o frente; segundo, el partido socialista es concebido, a juzgar por la opinión expresada por sus delegados en la citada reunión, como un movimiento interclasista en el cual el grupo "comunista" funciona como una célula secreta. Más aún, cuando se critica en aquella misma reunión la propuesta con calificativos tales como "neo-aprista", "socialdemócrata" o "reformista" y se lanza contra ella la acusación de no asegurar el control comunista, los delegados socialistas no sólo se mantienen firmes en su posición sino que *admitiendo que la organización puede escapar a su control* insisten en que, aun en esas condiciones, ella habría sido una experiencia valiosa, un paso adelante, en el aprendizaje político de la clase obrera. Mariátegui muere sin modificar sus posiciones a pesar de la fuerte presión del Buró Sudamericano y en una situación de progresivo aislamiento dentro de su propio grupo. A juzgar por lo señalado es posible presumir que: 1) Mariátegui consideraba preferible la constitución de un movimiento nacional de "masas" que la formación de un partido de cuadros; 2) dicho movimiento debía reconocer la existencia de plurales puntos de vista o de tendencias en competencia a partir de las cuales las posiciones marxistas deberían, por medios democráticos, gravitar crecientemente en las definiciones

ideológicas y políticas; 3) rechazaba la idea de dar a la tendencia socialista una forma orgánica ajena, exterior o independiente del movimiento político nacional.

Según mi opinión, estas distintas concepciones de la organización política se encontraban interconectadas con la diferente manera como Haya y Mariátegui resuelven la relación entre la nación y el socialismo. Entre el 24 y el 28, en cartas personales más que en artículos públicos, Haya sostiene que el estado aprista es la condición o la preparación del socialismo y que éste debía ser preparado de una manera eficaz y "silenciosa". Sin embargo, el hermetismo de los textos hace imposible, por lo menos para mí, saber si Haya creía en el socialismo como un momento "superior" del desarrollo del Estado Aprista o como una "etapa" histórica posterior. Como se observa el problema que aquí discutimos es si para Haya el mismo impulso que construye el Estado y la nación crea el socialismo o si la constitución del Estado nacional y el socialismo son dos procesos distintos y separados en el tiempo.

La idea que ellos son momentos secuentes dentro de un mismo proceso histórico se encuentra sustentada en las características de su reflexión sobre el partido, el Estado y el tipo de desarrollo económico y político conjeturado para el país.

Si bien el Apra era concebido como un partido policlasista, Haya sostuvo que los intereses de las clases dentro de aquél debían jerarquizarse de modo que los de la clase obrera prevalecieran sobre los de los campesinos y los de éstos sobre los de “las clases medias”. Este ordenamiento sería garantizado por la manera como se estructurarían los mecanismos políticos y organizativos en la dirección del partido. Si ello no ocurriera y el orden se invirtiera, advertía Haya, entonces el Apra devendría en el sujeto político del capitalismo en el Perú. Ahora bien, como la clase obrera era “joven e inexperta” y Haya privilegiaba el principio de representación, entonces podemos concluir que la evolución del aprismo al socialismo dependía de la permanencia de los dirigentes que expresaban los intereses de aquella en la dirección del partido. No es preciso ser muy perspicaz para darse cuenta, recordando su personalismo y caudillismo, que Haya se concebía como el garante de las posiciones socialistas y de los intereses obreros. Esta misma reflexión se duplicaba en su concepción del Estado: igual orden jerárquico de los intereses sociales, igual principio de representación, etc. De este modo, pues, podemos presumir que el pasaje del Apra al socialismo y del Estado antimperialista al socialismo sería “asegurado” por la presencia de Haya, en la jefatura del partido y el Estado.

El Estado antimperialista era concebido, a su vez, como cogobernado por "las tres clases" pero a través de modalidades distintas en relación con los planos político y económico. La presencia de los intereses de las clases en la dirección política del Estado, en el orden anteriormente señalado, sería indirecta, dado el primitivismo o la inmadurez de sus conciencias. Pero los méritos atribuidos a la "clase media", especialmente a sus grupos intelectuales, profesionales y técnicos, la haría el titular efectivo de la maquinaria estatal. Que los intereses concretos de los grupos medios no se vieran privilegiados por el ejercicio directo del poder político dependía entonces de los atributos morales, la conciencia política o la ideología socialista de los dirigentes del Apra. La garantía de la larga evolución histórica del Estado antimperialista al socialismo se enraizaba entonces en la subjetividad de las conciencias. En el plano económico del Estado, sin embargo, el Estado antimperialista aseguraba la presencia directa de los delegados de las tres clases a través de una institución gubernamental que estatúa el principio de la "participación funcional". Nos referimos al "Congreso Económico Nacional", entidad planificadora del desarrollo económico en la cual las clases articulaban sus intereses. La idea de la participación funcional fue inspirada, según nuestra opinión, por las tesis de los socialistas gremialistas ingleses, cuyos textos, especialmente los de Cole, fueron

conocidos por Haya en Oxford. A través de la participación directa y "cualitativa" en la dirección económica, las "clases inexpertas" accedían así a un poder que sólo por representación lograban en el plano de las decisiones políticas.

El desarrollo nacional fue identificado por Haya en los términos de un proceso de industrialización basado en el control estatal de los ejes de la industria y bajo el liderazgo de un gobierno dominado por las clases productoras. Haya se refiere a la construcción de un capitalismo de Estado que percibe como la modalidad específica a través de la cual, en los países dependientes, es posible someter la inversión extranjera a regulación nacional. No olvidemos, en este sentido, que para Haya el capitalismo no surgía al interior de las sociedades dependientes, esto es, no era un producto endógeno del proceso histórico, como en Inglaterra o Europa, sino que se introducía por impulso externo. Su sujeto social en el Perú, como en las sociedades dominadas, no era entonces la burguesía nativa ni se podía esperar tampoco que ésta se hiciera fuerte en la trama económica y en la sociedad civil para luego hacerse cargo del poder del Estado. Para Haya, el sujeto político debía ser el gobierno, bajo control de las clases productoras nacionales, y el proceso de industrialización, a su vez, se implantaría enérgicamente en la sociedad a partir de las alturas del Estado. Sin embargo, es-

te enfoque no lo condujo a plantear la estatización de la economía. Haya propone, más bien, una economía mixta que caracterizaría el proceso de transición. El Estado, cierto es, asumiría el control de ramas estratégicas y sometería a la inversión extranjera a las condiciones de su propio plan de desarrollo, pero apoyaría a los pequeños y medianos industriales nacionales, cooperativizaría la propiedad agraria y alentaría las comunidades campesinas. Propiedad estatal, propiedad privada y propiedad cooperativa coexistirían entonces... pero bajo distintas condiciones. En efecto, Haya plantea la necesidad de privilegiar el cooperativismo, en el campo y en la industria, y distinguiendo estatización y "nacionalización" socialista se reafirma en la opción de un traslado progresivo de las empresas públicas al control de sus trabajadores. En este sentido, en 1932, la célula parlamentaria aprista propone en el congreso la nacionalización de las empresas extranjeras. La fundamentación teórica de su planteamiento es remitido por Haya a la concepción leninista del capitalismo de Estado y su fundamentación empírica a la experiencia de la NEP. Es precisamente por el carácter del Estado, y la modalidad de la organización económica, que Haya cree en la posibilidad de controlar los "perjuicios" inherentes a la presencia imperialista y al capitalismo y en la viabilidad ulterior del socialismo en el Perú.

Como observamos, la tesis de un progresivo proceso de socialización como un momento interno del desarrollo del Estado nacional antimperialista se explica por la presencia directa de las clases productoras en la dirección económica del Estado, la transferencia progresiva de las empresas estatales a la gestión de sus trabajadores y el desarrollo de las cooperativas de producción en el campo y la industria, el surgimiento y expansión de una clase trabajadora moderna y adulta a partir del proceso de industrialización, el aprendizaje político democrático a realizarse por el productor y el ciudadano en los municipios, los comités de desarrollo departamental, el poder regional y en los poderes más tradicionales del parlamento... etc., etc.

Sin embargo, otros indicios conspiran contra la aceptación de esta hipótesis. Haya tendió a identificar en esos años el proceso de industrialización con el capitalismo y a considerar que el socialismo precisaba, como etapa previa, de la formación de un proletariado y una burguesía maduros. Afirmó reiteradamente, basándose en textos de Engels más que en los de Marx (pero también en los de éste) que sin el desarrollo del capitalismo y de su maduración, "como en Europa", no era posible plantearse la tarea socialista y expresamente remitió ésta a un futuro tan lejano como inverificable. Por otro lado, el poder retenido por la dirección política del Estado antimperialista, en su esquema de

desarrollo y la naturaleza mesiánica y caudillista de su estilo de liderazgo siembran dudas razonables en torno a la realización eventual del previsto proceso de socialización de la sociedad peruana.

Mariátegui, en cambio, pareció adherirse a la idea de que el socialismo antes que "un fin" era "un movimiento". No es casual que a esta idea le dedicara varias de las mejores páginas de su *Defensa del Marxismo*. En este sentido, Mariátegui percibía el socialismo como una tendencia actual cuyo desarrollo en el presente era condición de su realización en el futuro. Como tendencia actual ella enraizaba en las comunidades campesinas, la naciente clase obrera, las organizaciones agrarias, sindicales y populares, las vanguardias estéticas y culturales, el movimiento indigenista, en los contenidos implícitos de la lucha social y política. Si bien no pareció ilusionarse con lo que en lenguaje "duro" eran las "bases objetivas" de su tendencia, Mariátegui operó en el ambiguo tejido de las posibilidades, ese rostro oculto de la realidad que guarda el decisivo poder de reconstruirla y configurarla. Por ello, el desarrollo de un punto de vista nacional, el "descubrimiento" del linaje socialista de los más profundos impulsos de los movimientos socio-culturales, la práctica de la política como operación de concertación y generación de consensos entre los titulares de la nación, el uso diestro de los medios de comunicación creados por él para distintos pú-

blicos, el apoyo al crecimiento autónomo de las organizaciones se fueron constituyendo en la identidad de su práctica.

Aunque la pérdida de su último libro nos impide un juicio definitivo, Mariátegui no pareció haberse preocupado *sistemáticamente* por definir un cuadro de transición, ni un programa de desarrollo para la sociedad peruana, ni una estrategia para la toma y uso del poder del Estado. Según nuestra opinión, ello no sólo es explicable por su muerte temprana y el conocimiento de su proximidad. Acaso tampoco por la "inmadurez" percibida de la situación del país para un "proyecto socialista". Aunque elaboró ciertos criterios que permiten aventurarse en la identificación de sus puntos de vista en relación con estos problemas, nos parece que su tarea fue definida por él en términos distintos a las convenciones tan frecuentes en los "dirigentes revolucionarios" de la época. Parece evidente que, definiendo el socialismo como movimiento actual (y no como "etapa posterior del desarrollo histórico"), o como tendencia presente, operando en un movimiento nacional precisado de articulación, Mariátegui fue conducido a centrar su atención en la práctica social cotidiana, en el desarrollo de "los posibles", en las interferencias eficaces del rutinario sistema de reproducción de la vida. Por esta vía, invirtió la escala temporal de los programas o estrategias políticas, tan frecuentemente orientadas en las denominadas vanguar-

días hacia futuros tan exultantes como imaginarios, orientándolas hacia el presente. Pero no a aquél, mediocre, que cristaliza los residuos o las excrecencias del pasado, sino a otro que funda el futuro en los límites, las irregularidades, los conflictos de las prácticas de hoy. Una revisión cuidadosa de los numerosos textos que dedica a la fenomenología de los tiempos y a las relaciones psicológicas que estatuye la actividad transformadora entre pasado, presente y futuro, entre tradición y modernidad, entre el poder de las herencias y el de la imaginación, puede confirmar nuestra interpretación. Ello no significa, reitero, la inexistencia en él de una imagen del futuro posible o deseable. Mariátegui afirmó la necesidad de un camino al socialismo basado en la transformación endógena de las comunidades indígenas, la expropiación de los latifundios costeros y su conversión en cooperativas de producción, la vinculación económica entre cooperativas y comunidades, la nacionalización de empresas extranjeras, la democratización del Estado, la reforma del sistema de enseñanza, etc., etc. Más aún, advirtió ambiguamente que una sociedad socialista realizaría ciertas tareas que el capitalismo realizó en otros países. Todo ello es cierto como también lo es la inexistencia en sus obras conocidas del trazado definido de una arquitectura institucional del socialismo o de la estrategia económica y política para organizarlo como Estado y sociedad. No..., lo que queremos decir

es que orientándose por la idea de que el socialismo era una activa tendencia inscrita en la realidad presente y en el movimiento histórico por el cambio, dedicó su trabajo a la constitución de su identidad y a la expansión de sus fronteras. Ello recentró la temática de su imaginación, de su conciencia y de su práctica en la transformación actual de las resistencias opuestas por la sociedad de su tiempo, en la conquista de un espacio para el desarrollo contemporáneo de los valores subyacentes a la opción socialista, en la socialización creciente del impulso nacional contra la dominación. Ello explica lo que alguien podría pensar como “carencias de una visión de largo plazo”.

Pero la explicación puede encontrarse también en las particulares relaciones que estableció entre la construcción del socialismo y la construcción de la nación. En varios pasajes de sus obras, Mariátegui expresa haber optado por la construcción de un movimiento nacional dentro del cual habite una tendencia socialista. Para comprender el sentido de esta propuesta conviene recordar que el comportamiento de Mariátegui, en distintos escenarios de la sociedad peruana de entonces, se orientaba por una dirección que *simultáneamente construía el movimiento nacional y la tendencia socialista*. Las expresiones de esa conducta han conducido, por ejemplo a Aricó, a creer que para Mariátegui la constitución de un movimiento social nacional era la condición previa para la constitución de

un partido socialista "de masas". Esta hipótesis tiene una base consistente.<sup>28</sup> Sin embargo, como hemos señalado, la revisión de la evidencia disponible abre también la posibilidad de un enfoque alternativo que en vez de percibir la secuencialidad entre una y otra, observa su simultaneidad. En otro texto, estamos presentando la evidencia en que podría basarse este enfoque. Utilizamos el condicional dada la ambigüedad significativa de los escritos y movimientos de Mariátegui. Aquí, sin embargo, queremos explorar el significado e implicaciones de este enfoque pues ello nos parece de crítica importancia no sólo para comprender la acción política de Mariátegui sino también varios de los problemas que enfrentan algunos grupos socialistas en la América Latina de hoy.

Si entiendo bien, la organización de los socialistas como tendencia no era para Mariátegui el resultado de un impulso histórico distinto a aquel que construye la nación a través de un movimiento político más amplio de las "clases nacionales explotadas" (El Apra). Por tanto, el desarrollo organizativo futuro de la tendencia no podía percibirse como un precipitado o decantación posterior del movimiento político-social más amplio que le separara políticamente de éste. Esta interpretación encuentra apoyo no sólo en textos previos sino en la ex-

28. Ver el excelente texto de José Aricó "Mariátegui y la formación del partido socialista del Perú". **Socialismo y Participación** N° 11. Setiembre, 1980. Págs. 139-168.

traordinariamente intensa frustración afectiva que Mariátegui expresa en sus cartas luego de la ruptura del Apra así como en las contradicciones de su pensamiento entre ese momento y el de su muerte ocurrida dos años más tarde. Más bien es posible encontrar indicios, más que evidencias (en sus acciones políticas más que en sus textos), de que Mariátegui optaba por un proceso creciente de gravitación política de la tendencia socialista dentro del movimiento nacional. Este proceso, que involucraba un complejo conjunto de actividades intelectuales, culturales, morales e ideopolíticas tanto como organizativas, permitiría desplazar el movimiento nacional hacia posiciones que él mismo descubriría a través de su colectiva práctica teórica y política. Ello implicaba, por tanto, apostar por una progresiva socialización de las prácticas del movimiento nacional de modo de hacer del socialismo un momento superior de su desarrollo o, si se quiere, el producto de su autodeterminación colectiva. Para esta visión entonces no existe una separación política de la tendencia socialista respecto del movimiento nacional ni una secuencialidad temporal que hace de aquella un desprendimiento organizativo de éste.

Esta perspectiva plantea el difícil problema de la relación entre la tendencia socialista impulsada por Mariátegui y el conjunto del movimiento sociopolítico nacional. Resulta claro que habitar dentro del movimiento nacional más

vasto implicaba para la tendencia socialista ser reconocida como una *tendencia nacional* para lo cual era preciso no solamente constituirse como una “presencia”, es decir, como un “estar en” el movimiento y, menos aún, revelar esa presencia como una operación destinada a instrumentarla para un proyecto extraño. Ser reconocida como una tendencia socialista nacional implicaba participar en la construcción del movimiento nacional, vale decir, intervenir en la organización de su discurso, en la definición de su práctica, en la expresión de su estilo, en el diseño de sus objetivos, de sus estrategias, de sus tácticas. En otros términos, estar en el origen y desarrollo de su identidad. Ello no era posible sin identificar la tarea nacional con la tarea socialista. La tarea nacional se definía en el plano programático por la lucha por la realización, entre otras, de la reforma agraria, la nacionalización de empresas extranjeras, la industrialización del país, la articulación vial, el crecimiento proporcionado de las regiones, la reforma educativa, etc. En el plano más propiamente cultural, por la revaloración de la cultura indígena, el aliento a las diversas expresiones culturales provincianas y a las vanguardias estéticas de Lima, el encuentro de una articulación entre la cultura occidental y la nativa, el replanteamiento del problema de la nación peruana y el desarrollo de una conciencia nacional. En el plano de la organización política, por el desarrollo de los prime-

ros intentos de organización independiente de campesinos, obreros, empleados e intelectuales y la promoción del Apra como movimiento nacional articulador. Todas estas temáticas y acciones, propias de la tarea nacional en esos años, constituyeron el objeto central de la reflexión de Mariátegui, y con distintos grados de amplitud y profundidad, de otros *grupos intelectuales no socialistas*, pero igualmente comprometidos con el surgimiento del Apra. La temática nacional y la práctica política a ella ligada, eran entonces el unitario quehacer de todas las tendencias del movimiento. La identidad de los socialistas no podía pues fundarse fuera del discurso nacional sino dentro de él. Pero entonces, ¿cómo diferenciar el proyecto socialista? ¿cómo dotar de personalidad, es decir, de autonomía, a su presencia política? Mariátegui no optó, como fue más bien la norma en las décadas siguientes, por plantear una temática socialista agregada y distinta a la temática nacional y cuyo contenido se orientaría a las tareas futuras, a realizarse en “la etapa posterior” al cumplimiento de la tarea nacional. Por ello, no es posible encontrar en sus escritos un diseño organizativo de la sociedad socialista en el Perú o una estrategia o un programa para tal objetivo. La identidad socialista tenía entonces que realizarse en otro plano. Y éste era el de la fundamentación socialista de la temática y práctica nacional. Lo que diferenciaría a los socialistas entonces dentro del mo-

vimiento nacional, era su específica construcción del objeto nacional. Ello permitiría un doble movimiento por el cual simultáneamente se instituía el carácter nacional y el carácter socialista de su tendencia. Esta concepción teórica tenía su contraparte organizativa. La organización socialista no podía fundarse exteriormente al Apra (como movimiento) sino dentro de él. Ello planteaba un crucial problema que sólo en apariencia es técnico-organizativo. ¿Cómo habitar dentro del Apra sin que las inevitables fronteras que crea una estructura organizativa dentro de otra mayor no generara los conflictos tan frecuentes en los llamados “frentes partidarios” o “alianzas políticas”? Si entiendo bien, Mariátegui intenta resolver ese problema descartando hasta donde pudo (el 28) la formación de un “partido” y optando por la creación de una “tendencia”, es decir, de un grupo abierto, unido más por la temática teórica (la fundamentación socialista de la tarea nacional) y las prácticas de aliento y apoyo a los sujetos sociales y políticos de la nación, que por un diseño organizativo cerrado y jerárquico. Ello significaba entonces descartar la idea de una frontera organizativa que diferenciara institucionalmente a los socialistas de los no socialistas dentro del movimiento nacional. El criterio definitivo para identificar a los socialistas no era su partidización sino la calidad de sus prácticas teórico-políticas y su disposición para concurrir en un tipo de intercambios creativos

con los otros sujetos políticos del movimiento nacional. Sólo de este modo, podía esperarse que: 1) el desarrollo de la identidad socialista no significara la ruptura de la identidad nacional del movimiento, 2) el incremento de la influencia política socialista no implicara ni fuera percibida como la *ocupación* de un territorio político nacional, 3) el movimiento nacional fuera desarrollándose y desplazándose crecientemente por una endógena autoridad cultural, moral, política, ideológica de carácter socialista. Aunque esto parezca extraño, esta concepción no puede ser comprendida desde la perspectiva de la hegemonía gramsciana. Pero explicar esto ahora es una tarea extraña a un texto excesivamente extenso y que insensiblemente se aventuró más allá del que fue su propósito original.

Es así como, según mi opinión, Haya y Mariátegui elaboran las primeras bases teóricas para una aproximación latinoamericana a los problemas del desarrollo, la nación y el socialismo.

UNMSM-CEDOC

# EDICIONES CEDEP

## LIBROS:

- **PERU: COMERCIO Y DESARROLLO**  
Quijandría, Vega Centeno, Moreyra, Sánchez Albavera, Estremadoyro, Schuldt, Flores, Otero, Roulet, Guiulfo. Lima, 1979. 233 p. (agotado).
- **PERU: IDENTIDAD NACIONAL**  
Zamalloa, Ribeiro, Millones, Mayer, Hernández y Saba, Marzal, Escobar, Ortega, De Althaus, Franco, Guerra García, Vargas, Rouillón, Idígoras, Arróspide de la Flor, Neira. Lima, 1979. 512 p.
- **PERU: PARTICIPACION POPULAR**  
Carlos Franco. Lima, 1979. 160 p.
- **MARX Y AMERICA LATINA**  
José Aricó. Lima, 1980. 179 p.
- **PERSONALIDAD, PODER Y PARTICIPACION**  
Kenneth Langton, Martín Scurrah y Carlos Franco. Lima, 1981. 336 p.
- **TRANSNACIONALES Y PETROLEO EN EL PERU**  
Alberto Pontoni. Lima, 1981. 140 p.

## En Prensa

- **REFORMA AGRARIA Y PARTICIPACION CAMPESINA**  
Pierre Vigier, Santiago Roca e investigadores del CEDEP

## En preparación

- **PERU: MODELO DE ACUMULACION Y CICLO DEL CAPITALISMO PERIFERICO**  
Daniel Carbonetto.
- **DEL ESTADO OLIGARQUICO AL CAPITALISMO DE ESTADO**  
Francisco Guerra García.

## REVISTA:

- **SOCIALISMO Y PARTICIPACION** No. 1-15  
Lima, 1977-1981.

## AVANCES DE INVESTIGACION

- **Modelos Societarios, Personalidad y Participación**  
Carlos Franco. Lima, 1978 22 p.
- **Participación en Decisiones**  
Carlos Franco. Lima, 1979. 34 p.
- **Las Estrategias de Participación en América Latina**  
Francisco Guerra García. Lima, 1980. 20 p.

6 de Agosto 425. Ap. 11701, Lima 11, Perú

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO Y LA PARTICIPACION

UNMSM-CEDOC